

Ediciones
Bandera
Roja

Los Ilegítimos

Hildebrando
Perez Huarancca

**HILDEBRANDO
PÉREZ
HUARANCCA**

LOS ILEGÍTIMOS

Publicado por primera vez en 1980

**Reproducido por *Ediciones Bandera Roja*
mayo 2020**

Contenido

LA ORACIÓN DE LA TARDE	9
SOMOS DE CHUKARA.....	16
ENTONCES ABUELO APARECÍA.....	20
LOS HIJOS DE MARCELINO MEDINA	24
MIENTRAS DORMÍA SE CONTABAN	28
LA TIERRA QUE DEJAMOS ESTA MUY ABAJO	31
LA LEVA.....	36
YA NOS IREMOS, SEÑOR.....	40
CUANDO ESO DICEN.....	46
NUEVAMENTE LA SEQUIA.....	50
PASCUAL GUTIÉRREZ HA MUERTO.....	54
DÍA DE MUCHO TRAJÍN.....	64

A TEÓFILA

LA ORACIÓN DE LA TARDE

Cuando el sol ya empezaba a crecer los árboles en sombras gigantes, nos recogimos camino a la casa de don Grimaldo Linares.

Don Grimaldo, viéndonos encaminados hacia ese lado, nos esperaba en el patio de su casa; y no bien mostramos la cara, salió preguntándonos por el animal. Entonces por la urgencia que llevábamos, Gumercindo Contreras, esposo de la cuñada de don Grimaldo Linares por el lado de su primera esposa, salió al frente y le explicó, paso a paso, de cómo el animal nos había burlado, escapándose por el lado derecho del cerro, cuando ya lo teníamos en la cueva. Recién acabada la noticia, nos dejó pasar a su corredor. Pero antes que don Grimaldo terminara de descargar sobre nosotros toda la sarta de su cólera, llegó Juandico haciendo chispas; y, sin antes fijarse en los que estaban allí, soltó su lisura.

—Ustedes ni huelen los aprietos que pasa uno caminando solo por el monte.

Y don Grimaldo, que ya estaba contrariado desde la noticia, se agarró de eso. Hasta de su casa quería largarnos si seguíamos faltándole el respeto. Se ha apaciguado sólo cuando disculpamos la mala crianza del Juandico; aunque con todo llegó a decir todavía.

—¡Pero cómo se te ocurre meterte en el monte, sabiendo que no estás hecho para cosas de hombre, Juandico!

Entonces éste, más rabiado aún y haciéndole la contra, siguió con el asunto.

—No estaría aquí, mirando la mala traza que llevan todos ustedes si a esos arrieros no se les ocurre pasar por el camino de enfrente.

Se hubiera alargado la riña si Jacinto Guerra no los calla diciendo:

—Oye, Juandico, tus cuentos nos cuentas el día domingo que no tenemos en qué ocuparnos. Ahora no estamos para cuentos.

Allí, ciertamente, nadie estaba con las ganas de estar atendiendo quejas. Ya todos estábamos con la paciencia que se nos iba del cuerpo. Tampoco teníamos de qué hablar más que de la salida de hoy. Por eso terminamos rápido con los acuerdos y cada cual salió para su lado. *Nos juntaremos en la esquina de Aurelio Ramos antes que aparezca el sol: dijimos para terminar. Pero antes todos habríamos pensado para eso: Estos animales son vengativos cuando no se logra terminar del todo con ellos; y éste hará la misma cosa, esta noche, por la correteada que le dimos.*

Ayer correteamos hasta no poder levantar nuestras piernas. Eso fue el pago a la ocurrencia del Juandico. A ese opa se le ocurrió soltar la piedra en la cueva donde el animal estaba durmiendo. Por eso el maldito se zafó, por encima de todos nosotros, como riéndose. Ni siquiera don Augusto tuvo suficiente tiempo para lacearlo.

Allí lo habíamos encontrado siguiendo el rastro que había dejado al largarse de la casa de los Contreras, llevándose un carne-

ro. Eso pasó cuando recién el sol empezaba a calentarnos el cuerpo y desde esa hora estuvimos buscando al maldito por todo el resto del día. También mucho antes de la doce, se le ocurrió al Juandico extraviarse de nuestro lado. Cuando estábamos en medio monte nos dijo, así como burla.

–Aguanten un rato, voy a bajar de peso.

Y nosotros, tomando por gracia sus palabras, alargamos con el camino hasta salir del lugar.

Recién cuando nos recogimos acompañados, luego de la reunión en la casa de don Grimaldo Linares, me contó con la voz que se le caía de vergüenza.

–El mañoso, al verme solito, se me vino encima; y, luego de tumbarme, se subió sobre mí con todo el peso de su talego.

Y sus compañeros, que ni siquiera sospechamos, maldiciéndole al pobre desde la raíz de los abuelos. Creíamos que se había recogido hacia su casa por flojo.

–El rato que me tumbó para montarse, perdí toditito el pensamiento. Y después, dándome cuenta que solamente se trataba del animal ése, quise guapear; pero al mala mañana se le dio por darme de manotazos en la cabeza hasta quitarme el poquito valor que había reunido hasta entonces.

Con eso me vino a la memoria el viejo Juvencio y mi finado abuelo conversando, la tarde de la vez que lograron cazar al animal más grande que se vio en el pueblo, estando yo aún muchacho: *Los pumas son como los gatos de juguetones; por eso hasta se montan en uno cuando lo pescan solo.* Al cual el viejo Juvencio respondió: *Pero, don Gabino, el secreto está en nosotros mismos; lo único que hay que hacer es esos menesteres, es soltarse un pedo largo y grueso, y se verá cómo se largan apuraditos.*

–¿Y el mal olor para largarlos, Juandico, no te salió? Me acuerdo que le dije.

–También, entrando en mi razón después de los manotazos, solté uno de éstos. Pero el desgraciado, en vez de largarse, me cosió el trasero con sus largas uñas. Y, viéndome que gritaba como para que ustedes escucharan si andaban por ahí cerca, salió haciéndome la misma cosa en la boca. Entonces comprendí que no había otro remedio que estarme allí, aguantando todo el peso del maldito; hasta que aparecieron los arrieros, por el camino de enfrente, arreando el atajo de mulas. Sólo así se bajó de mi encima el perro y fue a perderse detrás de los árboles; y yo alcancé el “Jesús” que desde hacía rato quería pronunciar.

Así, con el cuento, habríamos caminado buen trecho sin darnos cuenta –con los pensamientos hasta los pasos se acortan–; por eso, para saber si aún andaba junto al Juandico, le dije casi gritando.

–¡Hasta los animales se burlan de nosotros sabiendo que somos puros viejos, Juandico!

Pero él ya no estaba allí. Sólo en la oscuridad que ya ocultaba el camino, escuché que me decía como en secreto.

–Así es, don Rosalino...

Entonces, ya cada cual seguíamos el camino a nuestras casas. Y yo, sólo con mi pensamiento, me vine a preparar mi alimento. Es que, durante el santo día, no pusimos nada a la boca, más que el puñado de coca antes de comenzar con la búsqueda. Esto de cazar a los dañinos es cosa común para nosotros. De tiempo en tiempo aparecen en un pueblo. Unos afirman que vienen del lado de la selva; otros, que salen de los grandes precipicios de la sierra alta. Vengan de donde viniesen, la cosa es que la gente se sobresalta no bien se les menciona. Nuestro miedo no es solamente por los animales que pueden comerse, también es por nosotros mismos. Hubo épocas en que estos dañinos no sólo atacaron a los animales, sino a las mismas personas. Por eso nuestras autoridades de inmediato llaman a una asamblea para denunciar el problema y determinar la fecha de la matanza. Aunque eso de fijar una fecha no sirve. Estos malditos, cuando se cita un día para

cazarlos, dejan de hacer sus travesuras o se largan a otro pueblo. Y sin tener una prueba, son difícil de ubicarlos. Lo de ayer nunca nos ha sucedido. ¡Cómo son los años! No tener suficiente valor para correr y dar alcance al animal ése. En fin, será la edad o tal vez la pobreza en que vivimos últimamente. A decir verdad, ésta es la segunda oportunidad que dejamos escapar a un dañino. La primera fue la vez que encontramos en la quebrada de Killas, una pareja de éstos. Aquella fecha salimos temprano como ayer. Los malditos los encontramos aún durmiendo sobre el resto de paja de cebada –en esos días no había llovido–. Primero los rodeamos en silencio y luego les prendimos fuego por todos los costados. Recién cuando la candela les tocó la nariz abrieron los ojos y se pusieron rápido de pie. Quisieron guapear, intentaron zafarse, pero se humillaron: éramos bastante y estábamos bien armados.

–Hay que echarles lazo a estas inocentes criaturas.

Sentenció don Pedro Antonio y laceó a la hembra; y el macho, todo asustado, empezó a maullar.

–No te pongas celoso, nariz ñato, don Pedro sabe respetar lo ajeno.

Agregó Sinfiriano Vega e hizo que reventáramos en una carcajada. Pero en ese preciso instante de la risa general, el macho atropelló y logró salirse. Entonces, dejando allí a la hembra con la soga al cuello, partimos tras el animal. Los primeros le dieron alcance en las alturas de Chukara y lograron orientarlo hacia la quebrada. Los más viejos nos unimos ya en Marku pampa. A eso de las cinco de la tarde, el animal ya no daba más. Tan solamente trotaba.

–¡Hacia el río, hacia el río...!

Ordenaron los de la punta y hacia ese lugar avanzamos, hasta ponerlo entre el río y nosotros. Sin embargo, el maldito, al verse acorralado, hizo el último esfuerzo: se impulsó sobre sus patas traseras, alzó su inmenso cuerpo al aire y cruzó el río grande de un salto. Y nosotros nos plantamos con los pies sobre la arena húmeda. Vadear a esas alturas era imposible: estábamos en el

mes de febrero y el río llevaba bien cargada sus aguas. Sencillamente nos miramos unos a otros sin saber cómo explicarnos. Hasta las palabras se resistían a salir. En cambio él, luego de pararse un rato y mirarnos, empezó a subir la cuesta de la otra banda, despacio.

Pero allí no nos quedamos conformes: cada cual agarrábamos nuestros manojos de paja incendiada y lanzamos hacia la otra orilla. Hasta que alguien logró hacer cruzar el fuego. Por eso Wichinka comenzó a arder. Y ardió noche y día durante cuatro meses íntegros, oliendo a carne asada. Allí murieron muchos animales. ¡Los justos pagaron por los pecadores! Y según cuentan, los ciervos y venados llegaban a los pueblos del otro lado del inmenso cerro, gravemente heridos: unos con el cuerno a medio quemar; otros, con los ojos reventados. Y los niños, afirman, se jugaban con ellos a los toros o se ensayaban a montar a caballo. Las gentes de ese lado, dicen, no supieron qué hacer con tanta carnada ese año.

Hoy día teníamos que salir temprano, tal como habíamos acordado en la casa de don Grimaldo Linares. Sin embargo, no lo hemos hecho. Solamente Sinforiano Vega madrugó y trajo el aviso de que hoy día descansaríamos simplemente. Me parece que en esto han tenido razón: amanecemos con las piernas que ya no pueden más.

Pero ayer tarde, todos anochecimos con las ganas de joderlo al desgraciado. Lo único que nos hacían desconfiar eran nuestras propias piernas. Eso nos preocupaba, porque no habían aguantado durante la correteada. Es que, como dicen los viajeros que llegan casi a diario, somos viejos nomás en el pueblo. Todos pasamos de los sesenta para arriba. Los más muchachos son difíciles de encontrarlos acá. Están en las ciudades grandes buscando trabajo. Estando también ellos, no habríamos desperdiciado el día de ayer para despellejarlo al mañoso. Pero la escasez que reina en este pueblo, hace que los muchachos encaminen sus pies hacia otros lugares. Los pedazos de tierra que debemos sembrar, no bien asome el aguacero, no alcanza ni para la fuerza de los viejos que

quedamos. Los jóvenes sobran en este pueblo maldecido. Por eso se van a otros lugares a trabajar para gente que ni siquiera conocen. Esto de salir tiene sus cosas: muchas veces los hijos vuelven tristes; otras, ni se aparecen. Cuando regresan sanos, hablan de nuestras situaciones con las noticias que traen desde esos lugares. Entonces, aún en el corazón de los más gastados, hay ganas de seguir viviendo todavía; y los disgustos hacia los principales renacen, se multiplican. Pero estos muchachos se vuelven a ir, no bien acaba la fiesta grande del pueblo, a seguir gastando sus fuerzas. Sólo cuando ya no pueden con esos trabajos vuelven a sus lugares y se quedan sembrando la poquita tierra que encuentran. Así mantienen a sus mujeres, crecen a los hijos que pronto también salen por el mismo camino por donde se fueron primero los abuelos y luego sus propios padres. Así es este pueblo. Y, día tras día, se nos acaba la tierra. Por eso los más ancianos hasta ya queremos largarnos cuanto más antes de este mundo, para dejar el pedazo de tierra que ocupamos con nuestras viejas. Pero antes de irnos como corriendo, lo único que hacemos, en los días de descanso, es sentarnos a la puerta de nuestras casas, como estoy ahora, y mirar la cuesta del camino grande que sube como culebra, pensando que tal vez, derrepente, los hijos vuelven antes de tiempo trayendo nuevas esperanzas. Sin embargo, el animal no aparece, tampoco hay noticias de los hijos hoy y el día se va ya muriendo todo teñido de rojo por el sol del poniente.

SOMOS DE CHUKARA

*El que de vosotros esté sin pecado
arroje contra ella la piedra el primero.
San Juan 7.32.8.*

—Son muchos este año los matriculados —nos dice el maestro mirando al hijo de Victoria Cáceres que acaba de romper el trompo de su amigo. Entonces me acuerdo:

Pasando los carnavales, estábamos en plena cuaresma. Justamente al mes que diera a luz Victoria Cáceres.

Con lluvia y con sol amanecía el pueblo esa mañana cuando llegamos. Sí, cuando llegamos; porque solamente los días de fiesta está la gente en este pueblo. O, en las horas de escuela, el maestro y los alumnos. Después, no hay nadie. Todos se van a sus barrios hasta sin ganas de irse, mirando hacia atrás nomás. Y el pueblo como barrido por el viento de agosto.

Nosotros somos de Chukara. Un lugar pequeño, rodeado de cerros altos, donde crece el maíz día y noche. Somos de ese lugar no muy cerca del pueblo. Por eso en las tardes, en Chukara, después del trabajo, los mayores comentan: Sólo el cedro del centro

de la plaza arde en los días de sol. Sólo don Enrique Caminada se condena solo en el pueblo. Ni siquiera el maestro permanece allí. Se va, terminadas sus clases, como huyendo, a otro pueblo vecino. De ahí que nosotros, los escolares, teníamos miedo hasta de venir a la escuela.

—Cuando muchachos no éramos tanto, pero éstos no sé dónde van a acabar con sus curiosidades.

Éramos traviesos y nos gustaba faltar a la escuela. A propósito esperábamos el tiempo, mirando la sombra del Qaqachaka, para decir que nos habíamos hecho tarde. Hasta culpábamos a nuestras madres de la tardanza. O, si íbamos, nos quedábamos jugando en la esquina de Pachaspata, y cuando menos esperábamos, ya el sol había borrado la sombra de Qaqachaka de rincón a rincón. Entonces nadie decía nada a nadie, todos callábamos nuestro silencio amigüero.

Qaqachaka, cerro alto y reloj natural de los escolares, da espaldas a la aurora.

Los más viejos, que durante la época de lluvias ya no pueden salir del pueblo, dicen que cuando en uno se afinca la vida del pueblo no le importa quedarse durante cualquier tiempo. Eso pasaba conmigo cuando muchacho. Por eso durante las vacaciones me quedaba siempre, junto al río, sembrando nuestra chacra; viniendo al pueblo por navidad, el año nuevo, los carnavales, rogando o desobedeciendo a mis padres; aceptando las exigencias de mi madre para confesarme por la cuaresma aunque para ello tuviera que ayunar los miércoles de ceniza y recibir el azote los días viernes a las cuatro de la mañana, y oír decir para consolarme: Hay que sufrir en estos días de guardar, acompañando los sufrimientos de Cristo durante su pasión y muerte.

Pero ahora quien podría decir por qué fuimos a la iglesia esa mañana habiendo llegado tarde a misa, y todavía solos. La cosa fue que, cuando entramos, Victoria Cáceres estaba parada delante de la presidenta de la Hermandad de la Virgen del Carmen con su hijo a la espalda; mientras el párroco, desde el púlpito, decía ra-

biando: *Las mujeres que dan hijos naturales jamás verán el rostro del señor. Por causa de ellas cae la granizada al pueblo casi a diario. Los hijos ilegítimos, nacidos fuera de la ley de Dios, están condenados a ser desgraciados en ésta y en la otra vida. Para ellos no habrá nada en esta tierra, y hasta la hora de sus muertes maldecirán a sus madres por haberlos traído a este mundo.* Y en el resto de la iglesia reinaba un silencio de muertos y nadie parecía comprender la situación. Sólo ojos asustados miraban a ojos recelosos como no queriendo revelarse el secreto. Entonces, comprendimos lo que decían de ella meses atrás, los que parecían saberlo todo: *La Victoria está que engorda. Caray, debe de estar comiendo algo. La Victoria, dice, no quiere comer nada. Estará pues recién llenadita. ¿Será del pueblo el padrillo? Quién sabe, hombre; aunque estas muchachas parecen estar cansadas con los del pueblo; están como las perras atrayendo extraños.*

El párroco seguía rabiando: *Por faltar a los sacramentos de nuestra Madre Iglesia y para que las mujeres de este pueblo escarmienten hacemos estas cosas.* Y la presidenta de la Hermandad arrancó del cuello de Victoria Cáceres el escapulario de la Virgen del Carmen. Entonces hubo lágrimas, aunque no sé de qué modo; lo cierto es que lloramos, porque en ese instante estaba la imagen de Victoria Cáceres, de su hijo y de nosotros, los curiosos, que estábamos allí sin saber si éramos hijos de padres casados y porque pensábamos que la Victoria, de ahí en adelante, ya no tendría a nadie para que la ampare de las desgracias y que, convirtiéndose en maligno, andaría asustando a la gente o tal vez comiendo criaturas en el pueblo. Por eso decidimos todos los curiosos regalarle nuestro escapulario que llevábamos colgado al cuello.

Algunos años más tarde, todos crecimos en el pueblo. Ya no veníamos a la escuela ni mirábamos la sombra del cerro como cuando éramos escolares. Es que ahora sólo descansamos en la esquina de Pachaspata, de regreso del pueblo, sudados por la

cuesta del camino. Tampoco llevamos escapularios ni la Victoria trae granizo pegado a su hijo.

Hoy estamos en el pueblo por ser día de fiesta.

Pero los alumnos siguen jugando al centro de la plaza es este veintiocho quemante –se espera que el Gobernador llegue desde su barrio, para dar inicio al desfile escolar– y yo, más que espero, miro al hijo de Victoria Cáceres que está riéndose luego de haber roto el trompo “extranjero” de su amigo. Y Faustino Huaraca que también está junto a nosotros en el segundo piso de la escuela de mujeres, dice:

–Este hijo de nadie parece más gente que los legítimos de nuestros principales.

ENTONCES ABUELO APARECÍA

A Beatriz, mi hermana.

—Deme su último favor, don Pánfilo —había dicho nuestra madre, según las personas que afirman haber estado con ella, la tarde que dejó el pueblo—; y deje que cargue con mis dos hijos que ni siquiera llevan el apellido suyo.

Igual, por las mismas personas, nos enteramos que ella había llegado de cocinera a la casa de nuestro abuelo. Sin embargo, por esa época, ya no se acordaban de la cara que llevaba mamá. Sólo agregaban que pasado un tiempo había sido obligada a irse del pueblo, para dejar tranquilo a nuestro padre. Y se había marchado, dando recomendaciones a los vecinos por nosotros dos. Ya más tarde cuando ella regresó —no sé si con intenciones de recogernos con permiso del abuelo o de robarnos simplemente—, supimos su nombre por boca del mismo abuelo. De esa vez ya me acuerdo, Francisco: esa tarde estuvimos jugando en el corredor de la casa, y en eso apareció mamá en la puerta. Cuando nos dimos cuenta de su presencia, ella nos hacía señas para salir, pero antes que nosotros reaccionáramos, salió el abuelo: ¡Nicolasa, no me

vuelvas más a fastidiar a los chicos! Entonces mamá, bajando su mirada hasta el suelo, dio una media vuelta y se alejó. Como te digo, Francisco, esa vez estuvimos los dos. No llegué yo a comprender nada de eso; y tú jamás me lo supiste explicar. Tan solamente te empeñabas a ayudarme en los mandados que el abuelo me asignaba o me consolabas cada vez que me ponía triste. También tú, que eras mi hermano mayor, me enseñaste a escarbar de la tierra el fruto de la imilla, esa hierbita de flor azul morado y comer, durante la cuaresma, en los días que abuelo nos obligaba a ayunar.

–Arréglate, Virginia, abuelo dice que vayamos a arrear las vacas... Cuida al abuelo que es capaz de seguirnos... Come, come, Virginia; come antes que alguien nos vea... Límpiame la boca, enjuágate, que abuelo nos revisará cuando retornemos...

Y yo allí, a tu lado, tratando de comer rápido.

También, por ese tiempo, tenía la costumbre de despertarme llorando por las noches. Y tu solía decirme ¿Por qué lloras de noche, Virginia? Cuando íbamos a botar los animales del corral. Igual, tampoco yo llegué a explicártelo. Solamente acostumbraba a quedarme callada, mirando el suelo, como cuando abuelo nos resondraba. Y tú, sin insistir, con la punta de tu poncho me secabas las mejillas. Pero, Francisco, perdóname que nunca te haya dicho la razón de todo eso. Hoy te lo diré, para que no te vayas triste como vuelvo a decirte, por esa fecha me daba pena hacerte sufrir con mis cosas. De ahí que no te decía lo que en mis sueños me pasaba y hacía que me despertara llorando. Por eso mi única forma de actuar, para disimular, era hacerte palpar los surcos que el azote de abuelo había dejado en mis nalgas. Y tú, te quedabas mirándome hasta que tus ojos se ponían húmedos, como queriendo zafarse de sus órbitas. En esos momentos, mientras secaba mis lágrimas con la punta de tu poncho, recordaba: En mi sueño veía llegar a mamá toda sudorosa, y sentarse en el poyo del patio de la casa. Entonces yo corría hacia ella, queriendo subirme sobre sus rodillas y besarla. Lo mismo mamá, viéndome ir a su lado, me esperaba abriendo sus brazos. Pero antes que llegara hasta ella y

le diera el primer beso, aparecía abuelo con su voz ronca: ¡Nicolas, no me vuelvas más a fastidiar a los chicos! Y ella se ponía rápido de pie,

Francisco, y se iba sin voltear siquiera la cara. Yo la seguía gritando con todas mis fuerzas, mientras que ella se perdía, aparecía, volvía a perderse en los recovecos del camino grande. Así se iba mamá. Y es allí cuando me despertaba llorando en la cama. También abuelo se despertaba y gritaba desde su dormitorio: ¡Cálllese, carajo! Y tú, a media voz: Cállate, Virginia, va a venir a pegarte. Sin embargo, yo seguía llorando sin poder cómo callarme. Luego de un rato, abuelo salía látigo en mano para hacerme callar a chicotazos. Ahora te lo confío: No era porque no quería. Estaba con todo el sentimiento encima. No quería perderla de nuevo a mamá. Por eso seguía llorando en silencio, Francisco, tragándome la saliva que se me hacía bolas en la garganta. Te acordarás de eso. Estaba así durante horas, con un hipo que me salía de no sé qué parte del cuerpo. Hasta que al final se me iría apagando con el sueño. Y, con esa interrupción, ambos nos quedábamos dormidos a la madrugada. En tanto que abuelo, cansado de llamarnos desde su cuarto, entraba en el nuestro y empezaba a tirar las sobrecamas. Y nosotros corriendo asustados hacia afuera con las ropas en la mano. Pero antes, cuando abuelo recién llamaría desde su dormitorio, contestaríamos: ¡Ya, abuelo! Es que en mis sueños nos levantábamos. Ibamos hacia el corral o estábamos arreando, de la chacra de cebada del abuelo, los caballos dañinos de don Félix Gutiérrez. Finalmente regresábamos alegres a casa. Sin embargo, todo eso había sido en sueños simplemente. Ya cuando abuelo retiraba las sobrecamas, para descargar su látigo sobre nosotros, nos dábamos cuenta de que aún seguíamos en la cama. Ahí es cuando salíamos corriendo del cuarto con nuestras ropas en la mano. Durante ese tiempo fuimos dos, Francisco. Tú fuiste mi hermano mayor y mi padre. En cambio, de hoy en adelante, me quedaré sola en esta quebrada de la cual decías: Odio a este lugar, porque acá nos hicieron sirvientes.

También esta mañana será la última vez que conversemos los dos. Dentro de un rato ya harán llegar tu cajón y te llevaremos al cementerio.

LOS HIJOS DE MARCELINO MEDINA

Creerás que no me doy cuenta de lo que estás haciendo. Sin embargo cerrando la puerta miro por la rendija todo lo que haces. No sé cómo apareciste. Ya cuando te acercabas como gato cazando ratones me fijé y creí que eras extraño. Entonces caminabas despacio casi sin tocar el suelo mirando desesperado tu rededor y creo hasta temblando al ver tu sombra en esta noche en que la luna busca rincones en la tierra. Te paraste un rato a la sombra del kiswar para luego llegar a la tapia que da al primer corral y perderte tras la pared. En eso cerré la puerta para verte por la rendija sin riesgo de que me vieras. Pero mientras subías y bajabas la cabeza con tus ojos que se abrían como de sapo me puse a trancar la puerta. Entonces ya habías pasado el cerco y estabas allí desde donde me buscas mientras yo te miro desde aquí donde vivo ya de tiempo. Desde que murieron mis padres. Sigues buscándome y no me encuentras. Miras la puerta y no me ves. Parece que tus ojos de tanto abrirlos ya no caben en este agujero. Todavía no comprendo qué es lo que quieres hacer. Sólo malicio que algo sucederá porque si vinieras con buenas intenciones ya hubieras

llamado desde hace rato por mi nombre pidiendo que ataje mis perros antes que ladren. Es sabido que tengo tres perros bravos. Pero lo raro es que ni te huelen. Parece que te conocieran desde mucho antes o no estarán aquí. Ni puedo llamarlos porque estás ahí buscándome. Todo esto me huele mal. De seguro vienes mandado por alguien. También fue un desconocido el que mató a mi padre al tercer día de que se negara a entregar esta única chacra que poseemos a las autoridades para la cárcel pública. Mi padre nunca se conformaba con las pequeñas cosas que soltaban las autoridades a favor de la gente pobre aunque no supiera leer. Era un hombre rabioso como todo hombre de chacra. Siempre salía a la cabeza de la comunidad reclamando gritando ajeando a los principales y cuando de peones les exigían que trabajasen las diez o doce horas decía: *¡Carajo! Ni que fuéramos comprados. Que ponga su dinero en la esquina de su chacra a ver si trabaja. Nosotros trabajamos no porque respetamos sino porque necesitamos para mantenernos.* Y prefería quedarse con nosotros. Pero esa mañana había salido por agua hacia la acequia y no volvió hasta entrada la noche. Ya cuando la luna empezaba a clarear llegó de un tirón al patio y se quedó ahí sin poder siquiera mover un dedo. Entonces al siguiente día he ido arrastrándome hasta el pueblo para dar aviso sobre la muerte de Marcelino Medina y más tarde cuando todavía reclamamos sobre su muerte las autoridades dijeron que mi padre había muerto con dolor de estómago y se negaron a decirnos más explicaciones. Desde entonces vivo solamente de caridades esperando morirme en esta casa mientras ellos también esperan que se olvide la gente todo lo que han hecho con los hijos de Marcelino Medina desde cuando éramos muchachos en la escuela. Todo lo han hecho pensando humillarnos desde muchachos porque el hijo mayor no volvería más al pueblo así como se había ido y el menor que era yo se iba a morir solo como animal desbarrancado. Pero ahora tal vez en estos últimos tiempos ya sepan ellos de entero que mi padre ha dejado herencia de rabia en el pueblo aunque a él lo hayan matado y por eso se demoran en quitarnos esta única chacra que tenemos. Por eso también viendo así como vienes pienso que eres el mismo asesino

de mi padre y tengo miedo de que suceda igual conmigo. Miro. Subes al corredor. Llegas a la puerta y compruebas que no está con llave y te reconoces. ¡Dí! ¿Acaso no eres mi hermano? ¿Quién sino tú mi hermano con quien crecí en este mismo lugar? ¿A quién sino a ti trataba de reconocer cuando te perdiste hasta en las chacras en los caminos lejos del pueblo? ¿Quién más sino tú cuando papá ordenaba quemar los gigantones para que comieran las vacas durante la sequía que acosaba el pueblo quemaste el delantal de tu camisa porque te acorraló las llamas? ¡Di! Yo te reconozco. Eres el desvergonzado de mi hermano mayor. El que nos dejó sin compasión en medio de la miseria y con esta parálisis comiéndome día a día al perderte de noche a la mañana y así nomás siguiendo a una mujer preñada ya en tiempo en que paren las perras sin que sea tu hijo el que llevaba dentro. Ahora que vuelves después de años ¿acaso no recuerdas que nuestro padre nos azotaba siempre el día en que nos encontró tirados de panza en el suelo y mirando el disparate de la tía Matiasa que se le veía de entre sus piernas cuando ordeñaba vacas; y nosotros juntos llorábamos mirando hacia la banda porque decías que era mejor compartir las penas y de este potrero que papá compró y que era nuestro? Aquí cantábamos y decías: *Cuando grandes tenemos que hacernos respetar aunque nos maten.* Y yo: *¿Con rabia como los bravos de Yawrilla que entran en la corrida del veintiocho?* Y tú: *Poniéndonos más bravos y más fuertes que el toro crespón de don Salomón Waranqa nos haremos respetar.* Eso decías. Por eso cuando te perdiste nos conformamos pensando que te habías ido solo y a hacer algo por nosotros dos porque esas fechas nuestro padre ya no trabajaba como antes y yo estaba ya enfermo. Pero al enterarnos de la verdad sólo maldecíamos a esa hija del mal que nos había hecho perder la inocencia viniendo primero a mi cama y después a la tuya sin que nos diéramos cuenta. ¿Te acuerdas? Pero tú fuiste malo. Te largaste sin decirnos siquiera adiós. Desde entonces nosotros dos exigidos día tras día a desocupar el terreno. Ellos: *Necesitamos el terreno para empezar a construir el local. El terreno es del Estado y de nadie más. Por encima de todo está el interés común. No queremos*

para nosotros, sino por el progreso de nuestro pueblo. Y papá afirmando: Tengo derecho a desocupar un retazo de lugar. También soy peruano. Esperaré a que me saquen muerto. Hasta que así lo hicieron. Ahora empujas la puerta. Compruebas que está asegurada por dentro y retrocedes. Yo quiero abrirte la puerta y abrazarte cuando muchachos. Pero no. Sé que vienes con tus malas mañas siendo mi hermano mayor. Lo único que quieres hacer es limpiar este terreno de la basura que soy para así entregarlo a los asesinos de tu propio padre. Vuelves hacia la puerta. Vienes corriendo como si te sobrara fuerzas y empujas poniéndote de costado. Ahora sí comprendo lo que quieres hacer conmigo. No hagas estas cosas. Cometerías un pecado muy grave. Te irías al infierno como dicen. Somos hermanos de padre y madre y eso debería alegrarte ahora que vuelves después de años a nuestra casa.

MIENTRAS DORMÍA SE CONTABAN

–Me atiendes el fogón, Ignacio; voy a traer agua antes que caiga la lluvia. También recógeme las ropas tendidas en el patio.

–Ya mamá... Tú papito decías cuando empezaba el viento a silbar las puntas de nuestros ponchos y cuando tronaba el rayo por sobre nosotros “San Antonio Patrón de los caminantes líbranos de las desgracias” y el viento apretándonos las espaldas y nosotros más livianos avanzando hacia adelante “papito di por qué revienta el rayo” y la lluvia cayendo primero en gotas gruesas como piedras luego menudas y más fuertes aún hasta levantar polvo de la tierra seca “es San Gabriel montado en su caballo blanco y con su espada de fuego arreando demonios del cielo” y el agua calentita primero y después fría como helando nuestros huesos entonces era la lluvia de pies a cabeza haciéndonos tiritar con los pantalones pegados a las pantorrillas para después llegado a casa secarnos en el fogón o meternos a la cama porque no teníamos más ropa de la que llevábamos puesta pero todo eso fue mucho antes a aquella tarde que saliste y que afirman que fuiste

asesinado durante una manifestación en la provincia fue cuando aún caminabas junto a mí que era tu hijo mayor junto a mi madre junto a nosotros que no sabíamos cómo sembrar la tierra entonces ibas quitándote el sombrero y rezabas diciendo no sé qué cosas tal vez maldecirías a alguien que no conocíamos y lo otro pasó esa tarde que estabas junto al fogón sentado y conmigo sobre tus rodillas después de haber llegado de la chacra con lluvia y mojado hasta el alma cuando arribaron los delegados preguntando por ti y luego diciéndote “apúrate Florentino urge llegar temprano a la provincia a impedir que nuestros hijos también sean ignorantes como sus padres” lograron que fueras con ellos pero allí yo no comprendí lo que querían decir ni a donde se iban contigo a la cabeza sólo imaginé que ibas a mostrarles los ganados que habías traído la noche anterior y que a más rato volverías trayendo leña o tunas como siempre lo hacías pero no sucedió así no volviste durante el tiempo que te esperamos digo que te esperábamos con la comida preparada barrida la casa llenos de novedad sin embargo nunca más te apareciste y entonces cada canto del gallo y cada ladrar de perro era tu llegada mientras que en la casa mi madre se pasaba diciéndome en las mañanas en las tardes de todos los días que estabas de viaje que ibas a volver pronto y cuanto más me hacía el dormido conversaba en las noches con la abuela “es malo decir a los muchachos porque lloran al corazón” y la lluvia siempre cayendo por las tardes como esta misma lluvia que ahora empieza a caer sobre esta casa que tú levantaste con tus manos encallecidas de la misma manera fuera de la casa mientras yo crecía solo en el pueblo junto al cedro del centro de la plaza “dicen que los tomaron presos y los dejaron por el camino con las manos y los pies amarrados hacia atrás” “Dicen que los llevaron a la cárcel” “Dicen que los mataron en plena manifestación y los enterraron en el cementerio de la provincia” Y los caminantes que llegaban de vez en cuando a nuestro pueblo “¡Los deudos de la masacre del sesentinueve aún no logran ubicar el cadáver de sus familiares” entonces yo corriendo a casa y preguntar a mi madre y ella como siempre negándose a revelarme el secreto de tu ausencia sólo en las noches conversaba ella con la abuela primero contes-

tando con rabia y luego llorando hasta despertarme y allí haciéndome el dormido escuchaba “Si esa tarde no sale nada hubiera pasado con mi esposo” “Pero Josefa él lo hizo porque tenía que estar con los demás y seguir con los reclamos que habían empezado días atrás” “¡Ese domingo veintidós!” “Tu esposo y otros cabecillas del pueblo fueron asesinados en la plaza con los reclamos en la garganta y sus cuerpos enterrados en un rincón del cementerio antes que nosotras llorásemos en sus cabeceras” “Si hasta ahora no sabemos en qué rincón está su cuerpo ni siquiera nos dicen que si los mataron” “Josefa hay gente que niega hasta los que sus ojos ven sin embargo para quienes somos del pueblo estas cosas son heridas que jamás se curarán con nada” “Todo el mundo sabe que eso fue obra de los mandados del Gobierno” “Claro Josefa saliendo de las esquinas de la plaza acallaron a hombres y mujeres y niños balaceándolos sin más por qué como a perros del mal” y llorando desesperadamente “¡Ya nunca regresarás Florentino!” y la abuela consolándola “Pero sí crecerá su hijo Josefa y cumplirá con la tierra para tenernos en casa a las dos... los hijos responden por sus padres en tiempos como éste... el padre fue muerto pero Ignacio lleva la sangre de Florentino Ramos ... él responderá Josefa” y mi madre aún aferrándose a la esperanza “¿No estará el cuerpo de mi esposo entre los cadáveres que enterraron en el cementerio de la capital de departamento...?” y de amanecida no hablaban nada de nada y cuando insistía sobre tu paradero la abuela me respondía rabiando “nada más te ocupas en averiguar cosas mira pues el camino grande a ver si logras ver a tu padre” entonces yo dejando todo estaba horas de horas allí subido en la piedra grande del patio desde donde tú acostumbrabas mirar tus chacras viendo queriendo tratando de ver tu regreso por los caminos del pueblo...

—¡Pero, Ignacio! Siempre estás conversando contigo mismo sin ocuparte de nada. Ni siquiera el fogón me atizaste.

LA TIERRA QUE DEJAMOS ESTA MUY ABAJO

*Mañana cuando el sol
alumbre la cima de Markaqasa,
me estaré yendo.
Desde el florido alfalfar de Chukara,
por la única calle Pichqaqucha,
me estaré yendo.
Me estaré yendo:
Markaqawallay ñawpa llaqta,
Qalanqallay quri qullqi,
Markupampallay sarapa maman.*

–Espera un poco, Florentino.

Dice mi compañero que viene como arreándome desde hacía buen rato.

Yo volteo la cabeza y veo que pone su alforja, que traía colgada en el hombro, al rincón del camino y se dirige hacia la otra orilla a descansar.

–Es fuerte la fuerza del lado del pueblo que viene aguantándonos.

Todavía dice Alejandro poniendo sus manos en las caderas. Entonces, comprendiendo que quiere descansar, regreso hasta donde está, para poner mi bulto en el mismo lugar donde guardó su alforja. Yo no llevo mis cosas en alforja. Es un costalillo el que contiene mi encomienda. Además no es mucho lo que llevo conmigo.

–Así nos encaprichemos, no podemos llegar de largo hasta la misma cumbre. Queda aún para seguir caminando.

Vuelve a decir mientras yo llego, con la mirada hacia el mismo lugar a donde miran sus ojos, para ponerme a su lado. Al pararme junto a él me doy cuenta: lo que miran los ojos de Alejandro es la piedra grande, blanca como tambo de arriero en la época aguacera sentada al filo de este camino que conduce a no se sabe qué lugares.

–Tomando aquí un poco de aire ablandaremos la subida. Esta cuesta que se aconchaba con la fuerza del lado del pueblo no deja avanzar.

Nosotros dos venimos caminando desde el momento en que el sol apareció por el abra de Qaqachaka.

Luego de varios días de venir postergando el viaje, salimos por fin esta mañana. Con Alejo teníamos acordado desde hacía tiempo: *Vámonos hacia el lado de la capital de departamento.* –Me había dicho, todavía la vez que trabajamos juntos en la limpieza de la acequia grande–. *Por el lado de la Costa ya se fueron muchos, aunque por allí te hubiera ido mejor en la paña de algodón. Pero a estas alturas, ya no hay conveniencia por ese lugar.*

También ayer por la tarde nos han dicho: *Váyanse nomás, en el pueblo ya no hay vida para los muchachos.* Así nos dijeron y nosotros les agradecemos. Es que en el pueblo hasta los trabajos se acaban no bien estás agarrándote el gusto. En las ciudades es otra cosa según dicen: *Allá se trabaja a gusto* –afirman– *aún sa-*

biendo que no es para uno lo trabajado. Por eso nos vamos hacia el lado de la capital. Las necesidades que se tiene en este pueblo olvidado es la culpable para que uno agarre el capricho de largarse.

—Espérate, vamos a probar suerte en esta piedra que guarda el secreto de los caminantes.

Y recoge una piedra pequeña. La envuelve con su aliento, acariciándola con las dos manos. Luego la tira suavemente hacia encima de la grande que miramos desde la parada. La pequeña piedra recogida del camino llega hasta la misma punta que parece chocar con el cielo. Allí pierde fuerza y se mueve sólo en remolinos. Ahora se queda casi tranquila y da una media vuelta rápida para venirse hacia abajo, donde están las otras como puestas de cuña en la base.

Cuando llega al suelo, Alejandro se ríe y vuelve a recoger para que la tire yo.

—A este lugar lo nombran “Subida de Toldorumi”, por la piedra. Aquí se sabe lo que vendrá después con los días. Los arrieros tiran para saber si sus mulas vuelven con buena carga, mientras los que se van en busca de trabajo, para ver el tiempo de su ausencia.

El regreso debe ser una esperanza cuando se está lejos del pueblo. Se me ocurre pensar. Pero no confío a mi compañero lo que se me ocurre.

Alejandro me alcanza la piedra y sigue:

—Cuando la piedra se queda allá arriba, demora el regreso. Pero cuando cae hasta besar el suelo como esta vez, vuelve pronto, si es posible con la alforja vacía.

A veces en el pueblo, cuando todavía se sabe lo que cuesta vivir de pobre con lo chico que es uno, se piensa mal de los que se van. Inclusive se les maldice viendo que los trabajos demoran en acabarse. Pero después, con los años, se llega a comprender. A diario los padres se quejan: *A medida que los hijos crecen se ne-*

cesita mayor tamaño de tela para enroparlos. Tales cosas enca-
prichan. Entonces, a la hora de irse, se va uno ya sin mostrar nin-
gún sentimiento.

–Llegar a la plaza del pueblo es fácil. Hasta los pies apuran so-
los. La cosa es cruzando el puente. A partir de allí los pasos se te
hacen pesados y el cuerpo se suaviza hasta ponerte aguanoso de
pies a cabeza.

Comentó Alejandro varios días atrás. Y hoy dice a esta pereza
para seguir adelante que es la fuerza con que aguanta el pueblo.
Ahora parece ser cierto: después que traspusimos el último tablón
del puente que une nuestra tierra con esta otra que venimos pi-
sando más con la punta de los pies que con los tablones, empezó
el cuerpo a traicionarnos –al menos en mi caso fue así– entonces
a cada momento me venía las ganas de descansar, de sentarme
siquiera un ratito. Sólo el capricho, que era aún más fuerte, me
obligaba a seguir los pasos de Alejandro. Por eso también él,
viendo que venía algo rezagado y sin ánimo, hizo que caminara
por su delante.

Igual me di cuenta desde la mañana: a medida que veníamos
avanzando, las cosas que abandonamos fueron poniéndose pe-
queñas. Y, descansando en el codo de más allá de la Aguada del
Cura, sólo vimos las casas del barrio de Pichqaqucha como punti-
tos pequeños, como nudos de rosario, orillando el camino grande.
Ese mismo rato que miramos las cosas de esta manera me resba-
laron las lágrimas, y Alejandro riéndose me dijo:

–Hombrecito, varoncito en tu tierra, ya veremos más adelante.
Guarda tus lágrimas para después. No empieces temprano.

Alejandro siempre vino hablador desde que partimos. En cam-
bio a mí ni los descansos me hacen bien. Voy algo desganado. Y
no sé si el cansancio o la tristeza que llevo dentro me quitan el
valor. No tengo ganas ni siquiera para decir una palabra. Lo que
es Alejo, ya es un maestro en esto de salir. Todos los años deja la
tierra y vuelve en tiempo de cosecha. Yo soy nuevo en estas co-
sas. Eso también puede que me desanime. La primera vez que me

han dicho para salir, hasta los huesos me temblaron. Pero el hambre que se sufre en esta tierra, poquito a poco fue convenciéndome, y venirme por fin esta mañana.

–Estando en tierra extraña, Florentino, no hay que perder la costumbre de estar agrupados.

Dice Alejandro, ordenando su alforja.

–Siempre hay que vivir en grupo. Juntarse con los paisanos que trabajan en las minas o las fábricas enseña bastante. No importa de dónde sean. Ellos son pobres como nosotros pero están bien enterados de las cosas que suceden y saben de cómo hacerse respetar. No te confíes, muchacho. Es igual con los mandones en cualquier parte. Siempre están buscando como agarrarlo desprevenido al pobre. Sin embargo, tiemblan viéndote en grupo. Por eso hay que estar unidos, como paridos por una sola madre.

Ya los dos tenemos los bultos levantados, para seguir caminando.

–Ahora sí llegaremos de largo hasta la misma cumbre. Pero Florentino, no me pongas la cara de viernes santo viendo que ahí acaba todo. Estando en la cabeza del cerro sólo veremos al guardián de los nuestros; al grande Uqulla, de igual a igual, como si fuéramos de su mismo tamaño. Porque, a partir de allí, todo es bajada. Entonces, cielo y tierra empiezan a juntarse para ocultarte de las cosas que dejas atrás.

Todavía dice Alejandro. Pero esta vez, es él quien ha tomado la delantera.

LA LEVA

Para el pueblo, los tiempos eran buenos. Llovía de noviembre hasta abril. Y los chiwakos, loros y las tuyas cantaban alto al cielo. Así era: pueblo.

Nosotros maqtas escolares, como decía tayta Mariano, juguetones, traviosos, hasta atrevidos sin motivo.

En la madrugada, al medio día con sol y con lluvia en las tardes crecía el hombre en nuestros cuerpos como la mies en las charcas.

–Nunca me iré de esta tierra.

–¿Nunca?

–Ni con la muerte, pues. Yo quiero a esta tierra más que a mi propia madre.

Decíamos creyéndonos ya hombres bajo el cedro del centro de la plaza que repartía sombras durante los recreos del medio día.

Pero ahora, todo es diferente. A medida que uno crece los tiempos buenos se van como los hombres buenos.

El toro padrillo de don Froylán pillaba vacas allqas, moras, qarwas, en el mes de marzo.

–¡Garañón, ya está!

–Ya no trabaja, pues, desde que sembró don Froylán en su chacra Qarwa Rumi.

Dicen así: las cosas buenas casi nunca duran.

Unos salimos, con la esperanza en las alforjas, hacia los centros de trabajo. Otros, contra nuestra voluntad, como mala hierba de las chacras. Y los causantes, sólo quien padece en pellejo propio los conoce.

Gloria, hija de don Froylán, el Gobernador, fue mi primer amor.

La conocí en la escuela mixta del pueblo. Ese año cuando mi madre me recomendó obsequiándole un molde de queso, a la maestra. Así crecido como estaba, ingresé a transición. Ella terminaba su primaria. Pero a pesar de esa diferencia, nos sentamos juntos, bajo el mismo techo, juntos... Ahorita estoy imaginándome a la maestra escribiendo en la pizarra y pronunciando:

‘Ele a, la... Eme e, me... Ese a, sa... La...me... sa... ¡La mesa!

Y nosotros, repitiendo como loros, sentados en adobes partidos de la mitad y escribiendo sobre nuestras rodillas; y a Gloria, tan diferente como maíz almidón entre otros negros, sentada en su carpeta, con sus zapatos y su cabellera bien peinada. Y nosotros, siempre pobres, con nuestras ojotas de cuero de vaca y nuestros cabellos cortados a tijera.

“Glorita”, decía la maestra. Nosotros, “niña Gloria”.

Ella nunca iba por leña cuando se hacía tarde ni traía regalos al faltar días íntegros a la escuela: era hija de un principal del pueblo como decía la señorita.

Y así la quise, primero durante el tiempo de escuela y, luego, detrás de su propia casa cuando ella venía de vacaciones desde la ciudad, hasta que sucedió lo que debía de suceder.

—¡Y tú, qué haces aquí carajo! Otra vez que te vea fastidiando mi niña, te rompo el hocico.

Yo no dije nada. Simplemente me agaché diciendo para mí solo: fastidiando nomás, tu hija ya está jodida, don Froylán.

Allí comprendí, sin embargo, que era hijo de una mujer cualquiera y de un padre que nunca conocí. Viéndolo bien, estaba mirando muy alto.

Pero de haberme sido fiel, hubiera podido hasta robarla. Irnos muy lejos. Hacerla mi esposa. Vivir felices en cualquier parte de la tierra. Las cosas fueron de otro modo: ella empezó a vivir de la fortuna de sus padres.

Esa noche, después de la segunda vez, no dormí de puro susto. Hasta en sueños me encontraba el Gobernador con su hija en la acequia grande. Hasta que al día siguiente:

—Venimos por orden de don Froylán. Dice hay llamamiento. Leva, pues, Manuelcha.

Los Varayuq habían entrado a mi casa bien de mañanita y me sacaron de mi querencia para estar ahora aquí donde hasta las moscas persiguen a uno como si fuera perro sarnoso.

Ahora dicen que es maestra del mismo pueblo. Y yo digo: será señorita como nuestra maestra y como otra que hubo en el pueblo, hija de un principal del mismo lugar, que enseñó en la escuela hasta que la muerte la encontró a los noventa años y cuando ya disponía de reemplazante su propia sobrina. También Gloria dará vacaciones dos o tres semanas para ir a festejar su cumpleaños al lado de sus familiares y demás amigos. Así es la costumbre de las

maestras hijas de un principal. También tendrá, tal vez, varios hijos y quién sabe hasta no sabrá quién es el padre, como la antigua maestra que cuando tuvo uno opacó los rumores de la gente que sabía del secreto con eso de que el muchachito era hijo de un abogado que murió la misma noche de su matrimonio. Aunque jamás se había matrimoniado.

YA NOS IREMOS, SEÑOR

Ahora que pides que te cuente algo del pueblo, de qué te hablaría... Bueno, te hablaré de don Augusto Ayala. Ese señor que cuando todavía éramos escolares del pueblo, se emborrachaba solamente con un cuarto de trago y empezaba a llenar la cantina con esa canción que dice:

*Me voy, me voy
mañana me voy
pero eso sí
con las esperanzas
de volver
si no me muero.*

Claro, con ese mismo tono y a veces hasta se ponía a llorar diciéndonos: *Mistichas, el día que yo muera el pueblo se enterará cuando sobre mi cuerpo ya muerto revoloteen los cóndores; ustedes serán los primeros en decir: “don Augusto ha muerto”, ahora que saben que eso pasará. Entonces me encontrarán tirado por la loma de Wayuri; pero no tengan miedo mirándome de esa manera. Yo seguiré siendo amigo de ustedes hasta en la otra vi-*

da. Y nosotros nos reíamos pensando que no sería así y, además, un hombre en tragos era capaz de hablar cualquier cosa. El, fue primo de los Ayala que fueron nuestros compañeros de escuela y murió dicho y hecho desbarrancándose en la caída de Wayuri por el mes de agosto. Nosotros estábamos en la chacra cosechando maíz con mamá. Ya era tarde cuando llamó ese hombre vestido de negro, desde la cruz de Piruru, avisando que había una persona muerta por el camino de ese lado y si alguien del barrio faltaba fueran a verlo al lugar. Entonces ahí nomás dijo mamá: *Otro muerto más en esa maldita falda*. Y nosotros alzamos la vista, mandados por no sé qué parte del cuerpo, para buscar los cóndores por el cielo de Wayuri y logramos ver a tres de esos animales revoloteando en las alturas y dije: *Será don Augusto, mamá*. Y ella riéndose nos contestó que esos animales no tenían esa costumbre, que sólo bajaban de los cerros altos al sentir la muerte de algún animal del gusto de ellos. Y, más bien, iríamos a la madrugada del siguiente día a ver las vacas por si acaso. Pero al rato de la llamada de ese hombre vestido de luto, que nunca se llegó a saber quién y de dónde fue, llamaron al hijo mejor del finado que estaba trabajando en su chacra más o menos desde el medio día y el muchacho, a su vez, llamó a los vecinos pidiendo que los acompañara. Por eso mamá fue esa noche al velorio dejándonos solos; pero antes, cuando nos porfiamos en seguirla, ella nos habló de los muertos y nos conformó diciendo que don Augusto nunca había llegado a nuestra chacra cuando vivo. Y nosotros nos quedamos creyendo que sí antes nunca había venido, tampoco vendría su ánima esa noche a darnos susto. Ya después, con los años, supimos que ese señor era el esposo de la hermana mayor de mamá y en la chacra, que antes fue de nuestro abuelo, él había trabajado en muchas ocasiones. Pero toda esa noticia nos llegó ya muy tarde. Ya cuando no teníamos miedo a las ánimas y desaparecidos... Esa noche, como te repito, mamá fue al velorio y no volvió durante cuatro noches y cuatro días porque no podían, dice, mover el cadáver antes que el Juez diera esa orden. Volvió ya al quinto día y eso sólo a llevar algunas cosas que se necesitarían durante el entierro. Ese don Augusto, cuando lo conocimos ya

estaba muy pegado a las copas. Pero dicen que no lo estaba desde mucho tiempo atrás, sino solamente desde la fecha que lo llevaron a la cárcel por haber castrado al opa Lorenzo Fernández. Todo había empezado cuando los padres del opa llevaron la denuncia al pueblo la misma tarde del día en que éste apareció por su casa sangrando como agua por la castradera; y después, cuando, luego de haber caminado de casa en casa acompañado por las autoridades, el opa reconoció en don Augusto a su castrador, por las botas que calzaba. Don Augusto, dicen, ha jurado varias veces certificando su inocencia en el asunto; pero las autoridades dieron crédito a Lorenzo Fernández y lo tiraron a las sombras por algo de cinco años. Desde esa fecha es que se dio a los tragos y también a golpear a su mujer y a sus hijos. Debes acordarte de él. Fuimos vecinos de barrio y lo conocimos tanto. Casi a diario veíamos pegar a su esposa como si fuera un animal. Cuando se ausentaba del barrio, él regresaba ajeando a todo el mundo y los pobres de su casa, no bien escuchaban su voz, salían como disparados para perderse en casa de los vecinos. Entonces él llegaba a su casa pateando todo lo que encontraba en su camino y hasta hacía su dos en la olla de sopa en que su mujer estaba cocinando en esos momentos. Por eso se dormía y comía en casa ajena hasta que don Augusto se durmiera o se fuera de nuevo del barrio. A veces también pegaba de sereno y sin qué por qué a su esposa. Cuando ese gusto le subía a la cabeza, él se sacaba primero el saco y luego se remangaba la camisa y ahí nomás empezaba con la golpeadera. Así lo conocimos y esa cosa le duró hasta la hora de su muerte. Pero el cuento de Lorenzo Fernández sólo ha sido un puro decir de parte de los principales del pueblo para mandarlo a la sombra. Don Augusto, como lo conocimos, era huérfano igual que nosotros aunque tenía tantas familias regadas en todo el pueblo y nunca estaba acostumbrado a lamer el plato de ningún principal. Vivía su vida callada así como nosotros. Al principio trabajaba en su chacra junto con su esposa y poseía alguno que otro negocio de licores y ganados. Según los mayores, era un hombre que no dependía de nadie y podía mandar a cualquiera a donde estaba su santa madre. Hasta que por fin lo marcaron como

renegado. Pero si tú no crees que fue cierto todo eso, acuérdate de lo que siempre decía en la cantina conversando con los escolares: *Carajo, estos mal paridos de mierda joden a cualquiera cuando ven que uno no está con ellos, valiéndose de su dinero. Son cuatro cojudos que pisotean a todo el pueblo; y cuando alguien reclama se valen de sus padrastrós los cachacos, para mandarlo a uno a la chirona. Aquí todo queda en casa como dicen: ellos son las autoridades; sus hijas las maestras; y el cura es también de la misma camada aunque no es del lugar. En sus reuniones hasta hablan de progreso. Carajo, cuando sólo a estos mismos fulanos se les elimine desde la raíz de sus puterías llegará el progreso a este lugar y no por obra de estos mismos cojudos.* Decía mirando a la maestra sentada en la puerta de su casa que queda frente a la cantina donde el acostumbraba tomar sus tragos. Pero allí, nadie le hacía caso; tampoco le decían nada. Ya no tenían qué perder con dejarlo hablar a su gusto. ¡Ya lo habían jodido al hombre! También cuando nosotros ya estábamos en la escuela y mientras él permanecía en la cárcel de la provincia, volvieron a sacarle el otro que le quedaba al opa Lorenzo Fernández. Pero esa vez a nadie culparon, sino las mismas autoridades se encargaron de acallar achacándole una sarta de acusaciones. Se hicieron concedores de eso de que el opa Lorenzo tenía costumbre de porfiar cuanta mujer encontraba por los caminos, sin averiguar si eran solteras o no. También dijeron que para el pueblo era una cosa así como un padrillo maldoso que sólo sirve para malograr la raza del potrero. Esas cosas anduvieron diciendo por mucho tiempo y sin que nadie les preguntara. Y cuando el viejo Pedro, padre del opa, siguió con los reclamos hasta recordándoles de la primera vez, el Teniente Gobernador le había dicho: *Carajo, eso de la primera vez fue porque lo dejaron con uno solo. Ahora ya lo completaron debes tener por bien, puesto que caminará sin la-dearse.* Así despidieron a los quejantes aquella vez. Entonces corrió el cuento ese de que el opa había porfiado también a la hija de uno de ellos cuando la chica iba por agua al río. Todo eso comenzaron a hablar no sé si de cierto o de pura venganza simplemente. Pero como te sigo contando, a don Augusto lo velaron en

el mismo lugar de su muerte porque al Juez no le dio la santa gana de expedir la orden para levantar el cadáver del lugar del accidente y porque se demoraba con una serie de pretextos sólo por sacar más dinero. Como sabes tú, Wayuri, a partir del medio día hasta que el sol se pierde detrás de los cerros, arde el mismísimo fogón; y por esa razón, según dijeron, el muerto perdió su peso de tanto sudar como agua. Ya al quinto día llevaron su cadáver al pueblo para enterrarlo cuanto más antes. Sin embargo, el Juez ordenó que primero se practicara la autopsia; y lo descuartizaron como si fuera un carnero, ya apestando y con algunas hormigas blancas en los orificios principales del cuerpo, al pie del cedro del centro de la plaza. Y como había afirmado la gente, desde esa noche, seis días después de su muerte, se empezó a sentir en todo el pueblo el castigo de don Augusto. Nosotros los menores fuimos los que más sentimos. Claro, de todo eso debes acordarte ya muy poco, aún estabas pequeño por ese tiempo. Empezó la misma noche de su descuartizamiento. A eso de la media noche, dicen, se escuchó su voz ronca y que, en forma de viento, casi se lo lleva a sus descuartizadores. Después, la noche que sus familiares volvieron al barrio y cuando ya estaban acostados se había sentido su llegada, montado en su caballo y sus espuelas sonando claramente y al entrar a su casa había desmontado tosiendo; pero al sentir cerrada la puerta, hizo su pichi en el balde que estaba puesto a la gotera y se había marchado de nuevo por el mismo camino. Luego fue en el pueblo y todos creyeron que don Augusto había regresado desde la otra vida en persona, cuando llegó ajeando como siempre, montado en su caballo, con sus espuelas roncadoras y se dio vueltas por el rededor de la plaza hasta casi amanecer. Así fue durante mucho tiempo la sombra de don Augusto caminando por las noches. Lo veían en varios lugares a la misma hora y en la misma noche. Por eso las autoridades se vieron obligadas a dar la orden de no caminar de noche y sin compañía, y esa ordenanza se cumplía sin ninguna desavenencia durante mucho tiempo –tal vez sigan todavía cumpliéndola–; hasta de la escuela nos soltaban temprano para llegar a tiempo a nuestras casas. Si no se escuchaba la voz ronca de don Augusto, se

podía oír el trote desesperado de su caballo y el tintineo de sus espuelas roncadoras. La sombra de don Augusto pesó tanto, más que las diferentes sequías que azotaron nuestro pueblo, Floriano. Sin embargo, sus hijos no presenciaron nada. Ya no estaban allí por ese entonces. Los varones se habían ido hacia la costa a ganarse la vida y las mujeres encontraron sus parejas y se fueron a otro barrio. Es que se quedaron muy pobres con eso de pagar honorarios al Juez y los gastos del velorio durante varias noches. Hasta el caballo del finado tuvo que ser vendido para los gastos del entierro. Eso del animal fue otra historia. El pobre no se acostumbró con su nuevo amo y murió sin querer probar un bocado desde la muerte de su antiguo amo. Como te recordarás, del caballo se cayó don Augusto. Eso era don Augusto Ayala, Floriano, si de la memoria ya te escapa, y era familia no solamente de los Ayala que fueron nuestros compañeros de escuela, sino también de los que vivían por el lado derecho del pueblo... Bueno, Floriano, el señor dice que desocupemos la cantina; pero si todavía quieres saber más cosas, te seguiré contando cuando quieras.

CUANDO ESO DICEN

—Cosas que hacen los hombres, ¿no? —conversan nombrándose cuando camino por las calles llevándola de la mano. Y con eso me avergüenzan hasta bajar la cabeza. Pero ella, ni siente ni padece. Sólo sigue caminando junto a mí, callada la boca. Cuando eso dicen me acuerdo de los hombres que antes venían a nuestra casa por las noches, también de día pidiendo que ella les arreglara algún hueso torcido. Le exigían que ella entrara al cuarto y cuando se negaba la metían a la fuerza. Yo lloraba jalando al hombre del pantalón. Pensaba que la iba a matar. A ellos no les gustaba estar junto conmigo. Me botaban hacia afuera y se encerraban en nuestro cuarto. Entonces yo gritaba más fuerte todavía dando zapateos en el suelo, pidiendo auxilio para que la soltaran. Pero nadie venía a ayudarme. Por eso yo estaba solito afuera hasta que el hombre salía y me regalaba dinero diciéndome: *calla, muchacho, sólo me la he comido*. Y se iba sin despedirse. En eso, no bien desaparecía de la puerta, yo corría adentro y ella estaba ahí sentada en el suelo con los cabellos desordenados, llorando. Por esos tiempos me gustaba decir papá a todo hombre que nos visi-

taba. Eso habría hecho pensando que los hombres que venían entonces eran nada más que uno solo. Más tarde comprendí que eran muchos y diferentes y ni siquiera se parecían a mí. Yo no sé cómo son los padres. Mi madre nunca me dice quién es mi padre y cada vez que le pregunto me dice que no la fastidie. Por eso no sé hijo de qué padre soy, sólo entiendo que mi madre me habrá parido hijo de un padrillo como dicen. Ahora que ya soy grande no vienen tanto como antes, más que de vez en cuando. Aunque vienen ya no se encierran con ella en nuestro cuarto como antes. Por eso, mientras conversan en el corredor, voy hacia el espejo y busco en mi cara algún parecido con la del hombre. De tanto mirarme en el espejo ya sé de memoria cómo es mi cara y mientras caminamos por las calles también estoy tratando de reconocermé en cada hombre que se cruza con nosotros. Eso hago siempre y hasta corremos el riesgo de ser atropellados por algún carro. Mi madre no tiene trabajo como otras señoras. Sólo le pagan por los arreglos que hace a las mujeres de los hombres que nos visitan en estos últimos tiempos. También hila y lava ropa de varias personas. Yo paso todo el tiempo ayudándola, con eso no tengo amigos para jugar siquiera un ratito como otros de mi tamaño. Y si no estamos trabajando en nuestra casa, estamos caminando por alguna calle tomados de la mano, con dirección a la casa de algún cliente. Yo la llevo de la mano, no porque ella no conozca la ciudad, sino porque ella puede caerse. A veces cuando pienso en ella, antes que me tuviera, me dan ganas de llorar. Cómo andaría por las calles solita, sin nadie y así como es. *Por eso tal vez –me digo– tuvo que tenerme para ayudarla a vivir.* Tampoco sé qué más me llamo después de Hermelindo. Yo no conozco a mi padre ni mi madre lo conoce a él. Ni a sus propios padres conoce. Yo sólo conozco a ella y con eso voy ganándola. Ella se llama Herminia y cuando le pregunto por sus padres me dice cómo iba a conocerlos así como es. Las gentes también dicen que ella nació así y que por eso nunca conoció a mis abuelos, que ellos se murieron mucho tiempo antes que mi madre conociera hombres. Ya después, dicen, se vinieron las deshonestaciones. Esas cosas andan diciendo mientras camino por las calles llevándola de la

mano. Las personas que nos contratan nunca dan sus direcciones, sólo nos indican la calle de sus casas y nosotros llegamos exactos. Todavía no sé leer para estar mirando las numeraciones que dicen. Me gusta ir a la escuela viendo a otros de mi tamaño y le exijo a mi madre para que me envíe, pero ella me contesta diciendo que aún soy muy muchacho para eso; y otras veces no tenemos dinero. Podré ir cuando ya sea más grande, trabajando para comprarme mis cuadernos. Eso dice. A nosotros nunca nos gusta engañar. Siempre llegamos a la hora señalada, por eso hay personas que nos estiman y hasta nos hacen comer en sus casas y nos dan otros trabajitos. Pero también hay personas que se niegan a pagarnos luego de habernos hecho trabajar, diciendo que ella no sabe arreglar o si no que yo soy muchacho mañoso. Cuando dicen que engaña es como para creer; porque cómo vería ella lo que ocurre dentro de otras señoras así como es. Eso pienso y digo que tal vez engaña de cierto. Pero cuando hablan de mi mala maña me dan ganas de escupirlos en la cara, es que cuando estamos en casa extraña no me aparto de ella ni siquiera un instante. Tengo miedo que le suceda algo grave. Hasta pienso que pueden volver a deshonestarla y le dieran otro hijo más. Si eso pasara qué sería de nosotros con lo pobre que somos. Nosotros somos muy pobres, por eso a veces no tenemos ni para comer; y cuando ocurre eso mi madre me manda coger “atajos” para hacer picante. Eso comemos o también estamos días íntegros solamente con tunas; y otros, comemos en casa de alguna persona que nos estima. Entonces me paso cuidando a ella sin moverme por nada de su lado. Pedir limosna también no nos gusta aunque ya no tengamos qué comer. Dice ella que eso hacen los ociosos o los ancianos que ya no pueden trabajar. Ella trabaja en todo y se gana su dinero hasta arreglando el estado de embarazo de las señoras. Hubo una vez un hombre que quería comprarme y por poco la convence; pero ella, finalmente, se negó por completo diciendo que yo su hijo estaría a su lado, si fuera posible, comiendo tierra o un pedazo de su propia carne y que cuando ella se muriese me quedaría solo. Así dijo esa vez. Por todo eso la cuido y no quiero dejarla sola. Estoy siempre llevándola de la mano a cualquier lugar. También

la llevo al corral para que haga sus necesidades y mientras hace, espero tranquilo hasta que termine. Otras veces hacemos los dos juntos. Yo la quiero bastante aunque muchas personas la tratan de sucia. Pero no somos tanto así como nos dicen mirándonos con sus ojos que se les cae el odio. Nuestras ropas de ser viejas y remendadas lo son. Sin embargo, nunca están sucias. Mi madre siempre me dice con tiempo si es que tenemos que salir a la calle, así como esta mañana. Entonces, primero le lavo la cara a mi mamá y luego yo. Por eso ahora estoy lavándome los pies para salir a la calle con ella.

NUEVAMENTE LA SEQUIA

Durante la sequía de 1956 ocurrieron cosas raras en el pueblo.

La gente caminaba con los ojos en el cielo, mientras los víveres se consumían, día tras día, con dolor en el pensamiento. Los menores sufrimos más: no teníamos llenadero. En fin, los mayores, distraían su hambre con conversaciones callejeras o coqueando a la sombra de sus soledades.

—¡Qué comeremos mañana!

Suspiraban grandes y chicos. Y se dirigía la mirada hacia lo alto preguntando, implorando, dudando, maldiciendo. Y la nube aguacera del mes de febrero, siempre camino hacia el oriente.

—Hay que cargar las salinas de Urankancha hacia las haciendas, para canjear con granos.

Decían los más optimistas. Y desaparecían, camino abajo, con sus mulas cargadas de grandes piedras de la sal roja de Urankan-

cha. Pero. Pasado unos días, regresaban con poca carga de trigo o cebada. Y agregaban desesperanzados:

–También en las haciendas van escaseando las cosas. Exigen demasiado a cambio.

Cuando los hombres partían de viaje, las mujeres se quedaban temerosas. Preguntaban por el esposo a cada hombre que regresaba al pueblo. No había seguridad. Todo era duda en aquellos tiempos difíciles. Pero la desconfianza no era de los grandes ríos que había que cruzar. No. Las mulas estaban rellacas.

–En el camino los animales se cansan por falta de pasto –decían– y, después de muertos, te dejan, como plantado, con la carga y los aperos. –Y sentenciaban– no es cosa fácil viajar en tiempos como éste.

Entonces los hombres llegaban trayendo sobre sus propias espaldas lo que sus mulas les habían negado.

–¡Ay..., tiempo, tiempo, si continúas así, nos moriremos de pura sequedad!

Decían don Augusto Ayala, ya sin tragos y sin esposa, paseándose en el patio de su nueva casa.

Por las noches había que rezar el “bendito seas, Señor; mándanos la lluvia”. Mamá decía que era bueno, porque pedíamos los menores sin pecado. Y nosotros orábamos con toda devoción, en voz alta y en oscuridad.

También, en solamente ese año y a la mirada de nuestros ojos, se han construido cinco hornos de panadería en el pueblo. Los señores principales, dedicados antes a negocios grandes o a ocupar cargos públicos, se convirtieron en panificadores. Descubrieron una nueva mina: nuestro hambre.

El tiempo transcurría como cansancio ¿o como pereza?

Todo empezó un día de abril del año anterior, con una granizada que dejó blanca las cosas en algo de tres horas; y a la noche de luna llena cayó una helada dejando a plantas y animales como

agonizando, sin que todavía la muerte se le presentara seriamente. Los granos por cosechar quedaron regados por el suelo; y las tunas y los choclos, pudriéndose durante los posteriores días de sol. No hubo cosecha ese año en el pueblo. Y los campos llegaron a octubre, fecha de nueva siembra, todo limpio, como barrido por el viento del mes de agosto. Finalmente, lo único de verde que quedó fue el cedro del centro de la plaza; y nuestro pueblo estaba allí, sombreándose en esos días inacabables de ardimiento.

¡Tiempo de sequía! ¡Mal tiempo!

Las autoridades del pueblo convocaron a una asamblea. Asistieron casi todos los poblanos. La reunión fue presidida por una misa. Y mientras el párroco decía el sermón de ese día, don Román Vargas, sacristán del pueblo, se tumbó al suelo ¿Estaría borracho?

¡Qué va! Sería el mal tiempo también.

En la reunión se llegó a un único acuerdo: elevar un Memorial al Supremo Gobierno, pidiendo auxilio. Se pensó enviar el documento con una comisión; pero, a falta de fondos, sólo se mandó depositar en el correo de la capital de departamento. Al principio aguardamos con fe la respuesta. Más tarde, dudamos. Luego, luego, a falta de toda noticia, terminamos olvidándonos.

Por esa época solamente se comía una vez al día: en la madrugada. Al atardecer, nuestra madre hacía hervir un poco de suero y nos servía con un puñado de trigo tostado. Esa ración recibíamos luego de haber quemado los gigantones para que comieran las vacas que aún se resistían a la muerte. De aquellos días me acuerdo una cosa: una mañana nuestra madre sirvió el almuerzo para todos, menos para ella misma. Cuando mi hermano mayor le preguntó por su parte, ella respondió que ya no comería y mostró la olla de sopa quitando la tapadera. Pero cuando terminamos de almorzar, ella recogió los platos, llenó de agua la olla de sopa y se puso a lavar sus servicios de cocina.

—¡Estilo!, cierras la boca del estanco, mañana regaremos en Pukru.

Llamaba don Augusto Ayala desde la esquina de Muyurina: Era en los tiempos buenos. Durante la sequía, uno llegaba al estanco y ya estaban unas veinte personas esperando. Todos necesitaban regar. Había que contentarse con poner la soga en el lugar correspondiente, según la llegada. ¡Turno es turno!: decían para imponer el orden. Entonces, había que esperar con paciencia. No importaba una semana, un mes, sabiendo que el líquido realizaba su trabajo también como agonizando. Y más tarde, ni eso. ¡Ni nada! Hasta los callos de las manos empezaron a desaparecer. Y nosotros, los muchachos, comenzamos a aburrirnos. Nuestras cabezas se llenaron de malos pensamientos.

Esto que digo, no cuenta. Nosotros los muchachos no supimos soportar el sufrimiento. Acabamos abandonando nuestra querencia. Nos alejamos como huyendo del pueblo donde nacimos. Y hoy, a cuatro años de aquella vez, regresamos dispuestos a seguir viviendo en nuestro lugar, a pesar de que las cosas no han cambiado. Todo está igual como lo dejamos. Sigue la tierra blanca de sequedad. Pero es mejor así. Sufriendo se aprende a vivir.

PASCUAL GUTIÉRREZ HA MUERTO

Antes que la figura de su acompañante se diluyera en sus ojos apretados por el tiempo, apareció en la habitación un moscardón con su panza azul celeste y empezó a pasear su huarr...huarr... muy cerca de su cabecera.

Entonces, Pascual Gutiérrez pensó: *Es mi muerte.*

–Estoy empezando a cumplir mi turno –dijo–. Seré el tercero en morir.

–No lo creo, don Pascual. Hoy se le nota mejorcito.

–Así es la muerte, Miguel. Antes de callarnos del todo nos da algo de valor para cumplir con nuestros encargos.

Luego se quedó callado. Como conversándose a sí mismo, miraba, seguía el vuelo del animal. Al instante de despertarse, antes que el moscardón se apareciera, había comprendido que su cuerpo le empezaba a traicionar. Ya nada era como en sus tiempos mozos. Ni siquiera como aquella vez –diez años antes, cuando

recién habían abandonado el pueblo donde vivían— que respondió al párroco del lugar. Viendo que su acompañante, alzando el trapo que servía para aguantar los emplastos en su cabeza, empezó a perseguir al moscardón para matarlo, volvió a hablar.

—Déjalo, Miguel. Con matarlo no sacamos nada. Ese animal cumple su misión. Ya nada se puede hacer contra lo que no se puede. Es como cuando el cuchillo se queda de espalda, mostrando el filo hacia arriba, y muere un animal. Desde el momento que asomó he empezado a ver claramente todo lo que he vivido. En fin, él sabe lo que hace y yo, lo que debo hacer.

... El párroco amaneció un día delante nuestro: Ahora que quieren vivir en este nuestro lugar tienen que elegir un santo de Patrón. Y nosotros: No nos hace falta padre. Tampoco necesitamos testigos para nuestros secretos.

Él fue quien contestó así. Muy contrariado, adelantándose a los demás, lo dijo con rabia disimulada. Pero aquello ocurrió mucho tiempo atrás —por ese entonces, él tenía treintiocho años—. En cambio ahora, diez años más tarde, estaban frescas en su memoria las ocurrencias de ese tiempo. Recordaba todo: ellos fueron doce hombres y algunas mujeres que salieron del pueblo, cansados de vivir pisoteados por parte de gente adinerada, con el fin de levantar un nuevo barrio y vivir tranquilos sin la presencia de esa gente que se había apropiado de sus tierras desde hacía buen tiempo. Y, en el momento, afloraban de su memoria los tropiezos encontrados primero con el párroco del lugar y más tarde con las autoridades políticas.

... Tienen que levantar la capilla primero. El patrón del pueblo no podrá abastecerse con lo lejos que se han apartado ustedes. Y nosotros: Está bien, padre; aunque con solo él nos bastaría.

Así les pareció terminar esa etapa de dificultades. Sin embargo, meses más tarde y cuando ellos estaban ocupados en la construcción de las primeras viviendas volvió el párroco a donde ellos estaban.

–No sé qué esperan para levantar la capilla.

Les dijo viendo que todos estaban reunidos. Entonces, siempre tratando de mostrarse diplomático e impedir cualquier lío, contestó Néstor Huarcaya, compañero y esposo de la primera hermana de Pascual Gutiérrez.

–Los quehaceres padre. Mañana mismo lo haremos.

No les convenía enfrentamientos. Eran gentes que habían perdido su derecho a la tierra en base a engaños, y finalmente obligados a depender sólo de sus fuerzas.

Aunque después nadie estuvo de acuerdo con tales exigencias: *No se puede con esta gente. En fin, la haremos para darle gusto. Por ahora no nos conviene buscarnos enemigos. Primero echemos raíz en este lugar.* Y levantaron la capilla en un sólo día. Pero lo hicieron a orillas del camino grande, a cinco kilómetros del lugar que ellos ocupaban.

–Don Néstor murió primero –volvió a conversar–. Luego, a los cinco días, su hermano menor. ¡Víctor Huarcaya!

–Así es, don Pascual.

... Iniciábamos el segundo año viviendo fuera del pueblo que fue nuestro desde los abuelos de nuestros abuelos. El lugar donde habíamos nacido todos nosotros, pero que al final éramos extraños... Todo nuestro esfuerzo estaba puesto en la edificación de este barrio; porque, con la capilla levantada, creímos haber concluido con los disgustos: no regresaba el párroco tampoco las autoridades políticas se manifestaban con respecto a lo que veníamos realizando. Hasta la mañana de un día viernes en que apareció nuevamente el párroco. Venía acompañado del Juez. Esta vez querría saber sobre el lugar que ocupaba la capilla. Y nosotros justificamos: Como saben, señores, por ahora somos gente pobre. Aún no poseemos suficientes chacras, tampoco ganados como para formar nuestra cofradía. Y si lo ubicamos a nuestro lado, nuestro santito sufriría, viendo que no tenemos con qué hornarlo. Pero allá, donde ahora está, podrá pasar su vida

de la voluntad de los caminantes que nunca faltan... Además, será por poco tiempo, señores autoridades. Cuando crezcan nuestros hijos ya estará en pleno corazón de nuestro barrio. Pronto pensamos aumentar, padre.

Desde entonces quedaron señalados como autores de la nueva población; y por tanto, cabecillas de esa gente que había abandonado el pueblo.

–Ay..., Miguel; sólo esta parte de la espada me duele; y este dolor será mi muerte –se quejó señalándose la espalda del lado del corazón donde le habían caído los vergajos, de las manos del Juez, ante la mirada fría de sus partidarios.

... A los cuatro meses de la venida del Juez, nos llegó una notificación. Nosotros no dijimos nada. Sabíamos que aquello era la única forma de humillarnos. Sólo Néstor Huarcaya, mayor que todos nosotros y que diez días a hoy muriera de pulmonía, se adelantó hacia el mandadero para manchar el papel con su dedo entintado y devolvérselo a las autoridades. Ni siquiera por curiosidad miramos el papel. Nos bastó con que el mandadero nos dijera que era para que todos nosotros nos presentásemos ante las autoridades...

Esperaron una semana. Ya pasado ese tiempo se hicieron presentes en el pueblo, cuatro hombres, para saber qué sucedía allí con las autoridades.

–Si nos dicen que volvamos, les diremos que en ese lugar, junto a ellos, falta espacio hasta para hacer las necesidades.

Pensaron responder, mientras iban camino al pueblo, y rieron en coro.

...Ya todo el terreno de esta parte tiene dueño, señores autoridades. Respondimos en la oficina, procurando hacernos entender... Pero sobra terreno para comprar o arrendar... Está bien, señores. Comprendemos. Pero déjennos vivir, por amor a Dios,

allá donde queremos. No ocupamos otra tierra que nos asignaron durante la repartición...

Ahora lo recordaba todo y minuciosamente: según sus bisabuelos, todo era de todos. La tierra de sembrar y tierra para ganados. Nadie era dueño más que de sus animales y del pedazo de lugar que ocupaba su casa. Pero pasado un buen tiempo, gente extraña llegó a la comunidad y echó raíces. Al principio vivieron en casas arrendadas e instalaron, de inmediato, negocios diferentes. Pasaron los años y cuando la gente de la comunidad despertó de su hospitalidad desmesurada, los forasteros eran dueños de la mayor parte de las tierras del lugar. Hasta se había realizado un deslinde de tierras de las alturas. En el mismo pueblo ya no quedaba nada y ellos estaban a punto de convertirse en siervos. Qué hacer entonces. Cómo recuperar todo lo que se había perdido, si los nuevos dueños tenían papeles de propiedad muy bien saneados y pagaban hasta impuestos al Gobierno. Sólo quedaba dos extremos: quedarse allí mismo y vivir como sirvientes o salir del lugar y ocupar la tierra que aún les pertenecía legalmente. Por eso hicieron lo que venían haciendo.

Hace unos minutos el moscardón había salido por la ventana, luego de haber volado sobre su cabecera, arrastrando su mortal zumbido.

–Solos, llevados por nuestros propios pies, llegamos al poder de nuestros enemigos.

–Usted y los que van adelantándose en la muerte, don Pascual.

–¿Ya la noche ha caído, Miguel? –interrogó en el momento en que un chico ingresó al cuarto portando un plato de sopa en cada mano.

–Ya, don Pascual.

La temperatura de su cuerpo iba en ascenso; pero él, Pascual Gutiérrez, se sentía dichoso recordando todo lo que había vivido.

... *“Sobra terreno para comprar o arrendar”... Caray, arrendar o comprar nuestra propia tierra. ¡Nosotros! A ellos a quienes*

nos habían quitado todo, valiéndose de nuestra ignorancia. Pero les hicimos comprender que nosotros no regresaríamos mientras estuviésemos vivos. Que primero tendrían que matarnos y llevarnos muertos para luego enterrarnos en el cementerio de nuestro pueblo. Después de la oficina, los cuatro juntos fuimos conducidos hacia el local del cabildo y aventados al rincón que sirve de cárcel. Cada uno esperamos nuestro turno. El primero en salir fue Néstor Huarcaya: lo sacaron a empujones, lo amarraron en un horcón y empezaron con la golpeade... Caen los vergajos en la espalda del hombre uno tras otro dejando manchas moradas como si alguien pasara un hisopo entintado en forma de rayos. El hombre se retuerce de dolor. Cincuenta vergajazos y lo avientan a nuestro lado. Allí se queda sin pronunciar una palabra. Luego salió Agustín Borda: la misma suerte. Mientras la espalda del segundo hombre se abría en surcos morados, descubrimos la espalda de Néstor Huarcaya: sangraba por unas heridas anchas como tierra recién arada. Habrá que rociarlo siquiera con un poco de orina: dije. Y lo hice recibiendo la mía en mis manos. Lo mismo haría Víctor Huarcaya con los que le antecedimos: él fue el último. De mi parte, sólo recuerdo el primer chicotazo que me llegó con ese dolor agrio, punzante, como si a la vez me metieran ají en la piel. Después, los ojos que se me apagan y...

—Por mi tiempo había carácter, Miguel. Ahora a ustedes les empieza a faltar.

—Así es, don Pascual.

—Están quedándose huérfanos. En la vida no sólo se necesitan gentes que engendren, sino que tomen palabra por los demás. Gente limpia y con carácter se necesita, Miguel.

Se recostó sobre su costado derecho, hacia el lado de la pequeña silla que le servía de mesa y sobre la cual estaba su cena de esa noche.

—La vez que llegamos, pensando fundar este barrio, elegimos este lugar porque era el más abrigado de todo el resto del terreno que nos habían asignado las autoridades, durante la repartición,

luego de haber separado la mejor parte para ellos, Miguel. También dijimos viendo el clima benigno: *No se dieron cuenta de este lugarcito*. Pero pronto asomó por nuestra cabeza eso de que este lugar nos lo habían dado porque carecía de agua de regar. Hasta los antiguos comuneros que participaron en el reparto, Miguel, habrían pensado que aquí no retoñaría nada. Que ni los propios hombres se quedarían sin tener con qué refrescarse del calor que hace en este lugar que se veía, por ese entonces, blanco de estar seco todo el tiempo.

—Miguel, la primera mañana que amanecemos en esta tierra, Pascual Aybar nos despertó con alegría. Nos gritó: *¡Muchachos!, levántense a construir estancos en cada lugar que encontremos humedad*. Y todavía agregó: *Sólo a los mandones se les ha ocurrido pensar que aquí íbamos a estirar las cuatro de pura sed*. Así amaneció el buen Pascual, Miguel. Por eso, durante el primer año, tuvimos construidos media docena de pozos al filo de cada puquial que hallamos en este valle. Y la tierra antes blanca de sequedad, Miguel, empezó a dar muestras de verdor. Primero fueron los llantenes al borde de cada estanco y después, las primeras alfalfas y mazorcas en las chacras...

Terminó de cenar. Y luego de un largo suspiro, volvió a conversar.

—Estoy que todavía puedo pasar esta noche, Miguel.

—Ojalá, don Pascual. También yo noto que usted mejora...

Luego pidió que le ayudara a levantar su cuerpo. Se arrimó a su cabecera hasta ponerse casi sentado.

—¿Ya hicieron el quinto al finado Víctor Miguel?

—Hoy, don Pascual.

—Entonces, cada cinco días será el turno, ¿no?

Hace diez días había muerto Víctor Huarcaya. Fue el primer muerto que vieron en el nuevo barrio. Y sólo teniéndolo allí, al alcance de la mirada de todos ellos, se acordaron que aún no te-

nían un cementerio del pueblo. Pero una mañana, mientras las mujeres se encargaban del velorio, empezaron a trabajar en el terreno que les sobraba junto a la capilla, que diez años atrás construyeran ellos mismos. *Aquí estaremos más seguros*: dijeron al momento de colocar la primera piedra. Y la noche del quinto día de la primera muerte y cuando ya todos estuvieron junto al primer finado, luego de haber concluido con el trabajo del cementerio, falleció Víctor Huarcaya, hermano menor del primer difunto, esputando sangre –era uno de los cuatro hombres que había integrado la comisión de entrevista con las autoridades–; por eso tuvieron que enterrarlo, al día siguiente de su muerte, junto a su hermano mayor. Y, sólo por la necesidad de hacer notar quién era el primer finado, dejaron media hora de intervalo de entierro a entierro.

La misma mañana de la muerte de Víctor Huarcaya mandaron al pueblo a un muchacho para sentar las partidas de defunción en la Alcaldía: *Si te reclaman los derechos, pensando en el cementerio del pueblo, dile que le pagaremos a la hora del entierro*. Y hoy que acababan de lavar las ropas del segundo muerto, él, Pascual Gutiérrez, estaba allí con esa fiebre que le cocinaba sus entrañas. Y era consciente de ser el tercero en morir en la tierra que había levantado con mucho sacrificio.

–¿Hoy no tenías nada que trabajar, Miguel?

–Sí. Pero me dejaron para hacerle compañía.

–No hay razón, Miguel. Los muertos ya no necesitamos nada. Ustedes son los que quedan. Nuestro deber no se acabará mientras los adinerados sigan mandando, Miguel.

Hace media hora había empezado a llover. Ya todo el barrio estaba invadido por el silencio de la noche. Y sólo ellos quedaban conversando pausadamente.

–Siento mucho calor, Miguel.

–Le daré su agüita, don Pascual.

–Si no lo tienes a la mano déjalo, Miguel. No des mala noche a nadie por mi culpa.

Entonces, el hombre que había sido asignado para acompañarlo, durante ese día y la noche, notó el esfuerzo que hacía para pronunciar las palabras.

Se están quedando huérfanos, Miguel –volvió a decir dando el último sorbo del agua–, pero no crean en nadie más que en los pobres. No estén metiéndose con gentes que ya conocen. Las autoridades jamás serán amigos de ustedes. Son simples mandaderos del gobierno y son para ellos mismos. ¿Acaso alguien conoce qué cara lleva el gobierno? No sabemos nada, Miguel. Solamente papeles y los lameplatos hablan por él...

–Sí, pues, don Pascual. Es como dicen de Dios que está en todas partes y en todo momento.

–¿Lloras creo, Miguel Cárdenas?

–Así es, don Pascual.

Y al levantar los ojos en el momento de retirar el vaso, se dio cuenta de que el enfermo se mordía el labio inferior.

–Si no paso de hoy para mañana, Miguel, no se preocupen en darme misas gregorianas ni responsos. No gasten en los muertos lo poco que les queda para mantener el juicio. Pleiteamos contra una tropa de gamonales, Miguel. Nunca se olviden de eso. Cuando acá los barramos, se levantarán los adinerados del mundo entero para defenderlos. Entonces, necesitamos mucha paciencia y bastante dinero, Miguel.

Hablaba aún más despacio. Y después de cada palabra pronunciada, volvía a morderse el labio inferior.

–En la vida no hice ninguna maldad. Tan solamente respondí a las ofensas que nos dieron, Miguel.

Pero antes de responder, dándose cuenta de que el enfermo había pronunciado la última palabra casi delirando, se puso de pie. Entonces, Pascual Gutiérrez, se había quedado mordiéndose

el labio inferior. En eso, aún dudando, acercó sus ojos hasta muy cerca de la nariz del enfermo. Vio que las fosas nasales ya no daban muestras de funcionamiento. Quiso tocarlo, pero tuvo miedo. Más bien, decidió salir rápido hacia la puerta y llamar al resto de la gente del barrio.

DÍA DE MUCHO TRAJÍN

Tú, Rudecindo Contreras, fuiste pobre desde cuando abriste los ojos al mundo. Tal vez, desde mucho antes. Pero si aún dudas que fue así, reconstruye todo. Esto es, toda la historia de tu existencia sobre “este valle de lágrimas”. Haya sido negra o blanca, no interesa. Empieza por tu niñez, deslizándote en tu barrio y al lado de tus padres. Luego asómate a la casa de tu abuela de madre, asistiendo a la escuela mixta del pueblo con tu taleguita de fiambre, tu uniforme de tocuyo color beige cubriéndote el cuerpo sin calzoncillos y sombreándote, durante los recreos del medio día, al pie del cedro del centro de la plaza o tratando de extraer, empecinadamente, piedrecitas redondas de la entraña de las inmensas de chiqu, en Puqulay. Y, por último, abarca la tercera parte de la historia: tu vida de estudiante provinciano en esta ciudad de treintitrés iglesias, desde el momento en que asomaste los ojos, al tañer de las campanas del convento de San Francisco de Asís la madrugada del domingo de Pascua de Resurrección, hasta este preciso instante en que una quemazón intenta hacerte desfallecer.

Empieza, Rudecindo Contreras. No es correcto tomar a pecho un simple pasaje de la existencia. La vida, larga o corta, no es de uno solamente; y perderla tampoco es para lamentarse, si se tiene conciencia de su razón. Al menos, en los peores momentos es cuando se necesita sacar mayor fuerza posible del cuerpo y evitar la desesperación. De lo contrario, no se sacará nada de provecho. Los problemas hay que tomarlos con sangre fría, aunque en estos momentos, tú, la sientas bajar ardiéndote por la parte de la boca del estómago. Pero no. No te hagas vencer con ese dolor que te causa la herida. “Es de bala”, dirás. Sin embargo no es mortal. Al fin y al cabo, es un dolor físico. Y tú puedes soportarlo. ¿Acaso antes no lo habías hecho ya? Estás preparado para este tipo de golpes. Siempre preferiste lo físico a lo moral. Sólo estos, los golpes morales, son los que te causan mayor daño y te son insoportables. Verdaderamente te humillan y hasta hacen que caigas en el llanto. Lo de ahora es diferente. No te desmoralices, ahora no estás solo. Además, no puedes morir. Y aunque eso pasara, habrá miles que vivan después de ti. Jamás se ha visto en la historia el exterminio total de un pueblo. Más bien piensa un poco en tus compañeros que seguirán luchando; en aquellos que claudicarán y en los que ya lo hicieron desde un inicio; en los mismos autores de tu estado actual que, ahora, luego de despojar tu cuerpo herido de bala del poder de tus compañeros, te cubren con una frazada, mientras aguardan la llegada de la ambulancia que desgraciadamente se demora, o a que se presente cualquier otro vehículo, que para ellos es igual, y llevarte a no se sabe qué dependencia policial: allí te encerrarán. Te ocultarán de tus familiares. Querrán amansarte inculcándote buenos modales, y cuando ya no puedan arrancarte lo que desean de ti, te golpearán secretamente en las partes más vitales de tu indefenso cuerpo. Esos burdéganos aún tendrán la suficiente inteligencia para darse cuenta de tu superioridad moral y del desprecio que por ellos sientes. Y si no, piensa pues en tu propia madre. Lo importante es evitar que caigas en la desilusión.

Sí. Está allí, en tu recuerdo, tu madre de ojos dulces aunque prematuramente envejecidos, mirando el camino grande por don-

de sus hijos se fueron uno tras otro para nunca regresar. Ella que siempre se negaba a llevarte al pueblo durante los días de fiesta. *Ir a fiestas no es para pobres*: decía, y se quedaba hilando o lavando ropas en la aguada de Ñawin Pukyu, en Chukara. Tu antiguo barrio. Esa quebradita que se estira a lo largo del puquial formando una especie de desfiladero. El lugar donde naciste y en donde permaneciste hasta la edad de nueve años. El dulce hogar en donde los días te fueron iguales e hicieron que tú crecieras en absoluto silencio, sin amigos, completamente aislado del resto del mundo. Tu madre, Rudecindo Contreras, que aún seguirá afirmando lo mismo para hacer callar a tus hermanos menores que también la estarán fastidiando con ir a la fiesta del pueblo.

Pero, papito, no me pidas nada; no tenemos dinero ni para comprarnos un pan. Además, es feo pedir cosas en días de fiesta; Papadiós nos puede castigar: tu madre, ahora distante, advirtiéndote antes de partir la vez que aceptó llevarte. En tanto tú, Rudecindo Contreras, feliz aun sin comprender la verdadera esencia de las cosas, cubriendo esa distancia de tres horas de caminata. Y durante ese tiempo –un simple relámpago presidiendo al trueno– que duraría tu permanencia en la población, sin pedir nada. Que-dándote sentado, tranquilo y solitario, al lado de las vendedoras de frutas y panes traídas desde la capital de departamento, en el corredor de la casa de don Justo Ayala, mientras ella, tu madre, fuera a la iglesia a oír la misa central de aquel 29 de junio.

Recuerda, Rudecindo Contreras: cuando la imagen de San Pedro ingresó a la plaza, ya los mayordomos se encontraban en la esquina de los Cárdenas, y los músicos, con Antonio Misaraymi a la cabeza, entonaban sus mejores tonadas para el Señor a la altura del cabildo. Entonces tú, quitándote el sombrero café oscuro que cuando nuevo era de tu padre, te arrodillaste. Pero allí, con tus escasos seis años, no llegaste a entender la verdadera razón de por qué las madres dejaban a sus hijos menores ir a la iglesia. Ya después, estando en la escuela mixta del pueblo, comprendiste que en aquella oportunidad tu madre no te había llevado al templo con el fin de que no la fastidiaras en caso te daba ganas de

orinar. Recuerda, Rudecindo Contreras: terminada la procesión, la maestra les ordenó volver al local escolar –otras veces les daba el “rompan filas” no bien el Señor retornaba a su templo– y luego de hacerlos formar en columna de a dos y colorada de rabia: ¡Desgraciados! –les dijo–. ¿Por qué mierda todavía durante la misa les dio ganas de cagar? Y empezó a golpearlos con el palo que utilizaba para castigar a los tardones o a los que no aprovechaban la lección. Recuérdalo: las niñas, como de costumbre, cubrían los primeros puestos de la formación y tú, en el noveno lugar de la columna de la izquierda, recordabas tu primer día en el pueblo. Claro, cuando uno es muchacho y está en la iglesia a cada momento dan las ganas de hacer cualquiera de las dos necesidades; y para salir, es completamente difícil. Está la iglesia llena de gente que no permite moverse siquiera. Allí; realmente, a cualquiera le puede vencer el apuro. También durante ese día el pueblo hierve de gente. Pueblo con gente. Gente vestida de ropa nueva y con harto dinero, cargando al Señor por el rededor de la plaza adornada con altares en las cuatro esquinas. Aunque pasada esa función, el mismo pueblo parezca más pequeño y el cedro del centro de la plaza mucho más crecido. Y más tarde, sólo los escolares den ánimo a ese pueblo, que parece morir de pura soledad, y eso en tiempo de clases. Durante las vacaciones está solo, seco como siempre y triste, semejante a un niño abandonado e incapaz de hacer algo por remediar su desamparo.

Durante la segunda etapa asistías a la escuela más por las canciones que la maestra les enseñaba y porque, además, te gustaba mirar a los mayores jugando a los “daños”. Aunque eso jugaban los más grandes de la escuela. Sobre todo, los que disponían de dinero para comprarse las bolitas de cristal. Tú, Rudecindo Contreras, nunca participaste en ese juego. Pero no porque no sabías jugar, sino porque no tenías con qué comprarte los “daños” que por ese entonces costaban a tres por cinco centavos. Jugar era fácil: había que colocar dos bolitas, moderadamente separadas una de la otra, en el suelo relimpio y tirar con el dedo gordo la tercera diciendo:

–Pagas: triquis, ida y vuelta

Entonces la tercera bolita rodaba por el suelo hecho lonja de tanto jugar en el mismo lugar, tratando de encontrar a las demás. Y las encontraba, sabiéndola tirar, a la ida. Aquello se jugaba entre dos personas, sea para haba o maíz tostados. Algunos lo hacían para puñetes. Hablaban groserías que antes nunca habías escuchado. Y cuando avergonzado escupías, te decían reilones: no sea pues sonso, ¿acaso cuando revienta apesta? Y eso era cierto. Tú, Rudecindo Contreras, llegaste a comprobarlo luego de algunas pruebas a solas. Claro, cuando uno suelta haciéndolo reventar, no apesta tanto. Pero cuando lo haces despacito, tratando de que nadie se dé cuenta, ahí sí que huele como la misma porquería del zorrino.

Una sola vez llegaste al pueblo por tu madre. Al poco tiempo apareció tu abuela y te reclamó hacia su barrio, tal como había hecho con tus hermanos mayores. Aquellos hermanos que según tu imaginación estaban reunidos en la casa de tu abuela juntándose con otros muchachos y yendo al pueblo en cada fiesta. Sin embargo, no fue cierto. Al llegar esa tarde, no hallaste siquiera el rostro de ellos. Tan sólo encontraste unos animales hocicudos, sin cola, las orejas paradas, paseándose orondos en la cocina. Les tuviste miedo pensando que comerían criaturas. Y desde ese instante, en tu cabeza empezó a remolinar eso de que habríase acabado todo para ti. Que en adelante ya no irías más al pueblo. Te quedarías allí, donde estabas, al lado de tu abuela, mirando y dando de comer la alfalfa fresca de las chacras a esos malditos animales que te perseguían durante tus sueños, y a que a la larga fue el origen de tu sonambulismo, del cual te curaste ya en esta ciudad, de un bateazo de agua fría que habías dejado en la puerta, una noche que saliste dormido y en calzoncillos.

Y de la casa de tu abuela, salta hacia la capital de departamento. Empieza, Rudecindo Contreras, con tu afán de incorporación a la nueva forma de vida, pastando animales de carga de los paisanos que llegaban a esta ciudad en los cabuyales de Qarqampata, hasta hoy, viernes 13 de junio de 1969, que estuviste participando

en la marcha de los estudiantes levantados. Al menos intenta. Empieza de una vez. La herida, de ser bala es de bala. Pero no compromete tu vida. Ya lo sabes: una injusticia por muy grande que sea no puede desmoralizar a un hombre. ¡Jamás, Rudecindo Contreras! Por algo eres del sector de los seres templados en el dolor y en la miseria. Por tanto estás obligado a resistir hasta el final. Piensa sobre todo en eso. Lo que ahora ocurre contigo sólo es un simple tropiezo. El camino por recorrer es largo para los pobres. Y cuando se triunfe,

Rudecindo Contreras, todo esto tal vez sea una pequeña historia que parezca cuento, anidando en las sombras del recuerdo. No pierdas la serenidad. Deja a un lado el dolor físico. Y así: éramos más de un millar de estudiantes secundarios, entre hombres y mujeres, recorriendo las calles de la ciudad desde hacía más de cuatro meses, y el viernes 13 de junio de 1969 a eso de las doce y cuarto de la tarde y en una calle cuarteada por la aridez, la policía intentó ahogar nuestras voces de reclamo primero con bombas lacrimógenas y luego balaceándonos sin más por qué... Esta mañana salimos temprano de nuestras aulas dejando los cuadernos abiertos sobre las carpetas porque los pobres también tenemos derecho a la educación... desde un inicio ordenamos a las mujercitas a tomar la delantera pensando que por haber nacido de una madre los Sinchis recelarían golpearlas... pero nos equivocamos... para ellos lo más importante es el trapo verde que llevan puesto. Recuerda, Rudecindo Contreras: empezaron con una reunión en el estadio Leoncio Prado. De allí, rumbo a la plaza Sucre por el jirón Asamblea, exigiendo la gratuidad de la enseñanza hasta con lágrimas en los ojos. Una vuelta por el perímetro del parque. Luego la calle 28 de Julio. Cuando arribaron a la altura del mercado de abastos, ya la policía estaba desplazada esperando la señal de los jefes para entrar en acción. Entonces, no tenían por qué caer en la provocación. Lo importante era hacer conocer tanta persecución y encarcelamiento. Ingresar al mercado les fue imposible. Por eso decidieron tomar la calle Vivanco con dirección al colegio de mujeres, donde la docencia religiosa impedía salir a las alumnas amenazándolas con entregarlas a la poli-

cía y expulsarlas definitivamente del colegio. Al verlos llegar temblaron de miedo. Pero les bastó una llamada telefónica para provocar el acontecimiento del puente Apurímac. Ya de regreso, cuando ingresaron a la avenida por la callecita que viene del colegio, la policía de la retaguardia avanzó rápidamente y cerró la distancia: miramos hacia adelante: verde; hacia atrás: verde. La avenida Mariscal Castilla estaba uniformada de color verde. ¡Nos acorralaban! Y nosotros no teníamos más arma que nuestra voz... Entonces, Rudecindo Contreras, había que pensar en cómo romper esa muralla humana y de acero, demostrando valentía hasta en la adversidad. Tan pronto como alzaron la voz, respondieron las bombas primero y luego la balacera. Claro, de eso aún te acuerdas. Hasta pensaste en que en este país es pecado salir a las calles y reclamar un derecho negado. En seguida, un impacto sordo a la altura del estómago te hizo perder el equilibrio. Aún intentaste seguir corriendo, pero tus ojos se nublaron y caíste sobre la madre tierra, sangrando. Después, sólo una corta y desigual lucha de cuerpo a cuerpo en torno tuyo, en tanto que el resto se abría paso heroicamente. En ese instante, Rudecindo Contreras, unos se hallan defendiéndose entre los tunales de Akuchimay y Qunchupata; otros, ya van llegando al centro de la ciudad, y la policía, incapaz de contener el desborde que acaban de provocar, no sabe a qué atenerse. Y tú, calmada la balacera de este sector, tirado sobre un piso duro y frío, inhalando el olor seco del polvo que levanta las llantas del vehículo que te aleja poco a poco del rumor viviente de la ciudad, y en tus cabales, consciente de tu situación, sólo atinas a recordar, asociado a tu propio dolor, el día que a tu padre lo marcaron en la nalga izquierda con un hierro al rojo vivo las autoridades de tu tierra natal, a raíz de lo cual, durante el tiempo que estudiaste en la escuela mixta del pueblo, te pusieron de sobrenombre “El Markado”.

**HILDEBRANDO
PÉREZ
HUARANCCA**
1a. Edición, marzo 1980